

FBI

Selecciones

**SEX
and
ESPIONAGE**

**MORTIMER
CODY**

**ALREDEDOR
DEL
CEPO**



SELECCIONES
DEL
F. B. I.

Mortimer Cody

ALREDEDOR DEL
CEPO

© MORTIMER CODY

Derechos reservados por

EDITORIAL ROLLAN, S. A.

PINTO (Madrid)

Publicación semanal,

aparece los viernes.

Printed in Spain

Reedición

D. L. M. 29.309-1971

GRAFICAS LORMO - Isabel Méndez, 15 - Madrid - 18

CAPÍTULO PRIMERO

AQUELLO parecía el final del camino. Marcel Perronet estaba muerto.

El final del camino. Yo estaba en París para ponerme en contacto con Perronet. Fui a su casa, en rue de Médéric, al norte de Parc Monceau. La rue Médéric es corta, consta de una sola manzana y es modesta, escasamente iluminada y con poca animación.

Aquella noche sí se había animado rue Médéric. La había animado la presencia de la Policía y una ambulancia.

Había curiosos, naturalmente; bastantes. Yo fui uno más. Vi cómo sacaban el cuerpo de Perronet en una camilla, tapado con una manta, y lo introducían en la ambulancia.

Luego, más animación; zumbaron los motores de los coches policiales, y el de la ambulancia. La gente se dispersó. Ya habían visto bastante. Había muerto un hombre. ¿Y qué?

Estoy convencido de que la muerte de Perronet solo me importaba a mí. A mí y al F. B. I.

Quedé pensativo, algo alejado de la entrada de aquel viejo almacén de vestidos de confección que había constituido el segundo negocio de Perronet.

Yo sabía que había policías dentro: los que miden, fotografían y toman huellas; es lo lógico. Pero yo sabía también que la Policía francesa no iba a encontrar absolutamente nada.

Quizá yo, buscando bien, pudiera encontrar algo en aquel almacén; puede, pero no iba a arriesgarme. No iba a hacerlo por la sencilla razón de que quien me había dejado a mí al final del camino, es decir, el asesino de Perronet, se habría ocupado ya de tal asunto. Si había dejado algo, serían migajas sin importancia.

Y yo, ni el F. B. I., claro, queríamos migajas.

Tomé una resolución. Toda vez que había que empezar de nuevo, decidí pulsar mis propias teclas.

Yo no iba a regresar a Washington con las manos vacías. Ni debía ni podía hacerlo. Además, la muerte de Perronet debía tener importancia. ¿Hasta qué punto?

Había que averiguar eso y otras muchas cosas.

Eché a andar, alejándome de allí. Hacía frío y metí las manos en los bolsillos de mi grueso abrigo oscuro. Poco después estaba como

uno más en Place Malesherbes, donde tomé un taxi.

—Place Planche —dije.

Me recosté en el asiento y encendí un cigarrillo. Como me importaba un pepino París, que había sido mi teatro de operaciones en otras épocas, entrecerré los ojos y me dediqué a pensar.

Uno de mis pensamientos me hizo sonreír; una sonrisa que debía ser algo nostálgica, triste. ¿Cómo estaría Jean Chaptale?

Lo imaginé más grueso, con cabellos blancos en los aladares, como yo, con su sonrisa burlona, algo cínica, en los gruesos labios y el mismo centelleo de inteligencia en sus ojos.

Aquel era Jean bastantes años antes. No nos habíamos visto desde el año 1950; habían pasado, pues, algunos años, pero yo esperaba que nada hubiera cambiado entre nosotros.

Place Planche.

Pagué y me apeé del taxi.

Lo primero que hice, como todo buen turista, fue mirar hacia Moulin Rouge. Allí estaba, inmutable, con sus luces de varios colores, rutilantes, intermitentes; figuras de bombones con poca ropa y mucha gente que entraba y salía. Coches aparcados; mujeres y hombres de brillante aspecto; colorido, animación.

Pero yo conocía todo aquello. Y, por otra parte, no soy un chiquillo: tengo cuarenta y un años.

Cierto que me conservo fuerte, tengo los huesos bastantes duros y un esqueleto no mal configurado, Si no fuese por mis canas en los aladares podría pasar por un hombre de algo más de treinta.

Bien. Digo todo esto porque lo que hice fue echar a andar, dejando atrás el Moulin Rouge. Tomé rue Lepic y describí la gran curva de aquella calle estrecha, ruidosa, llena de luminosos, casi todos los cuales anunciaban lo mismo: diversión; cualquier clase de diversión.

Al llegar al cruce con avenue Junot, me detuve unos instantes contemplando la entrada del bar. Vacilé. Hacía varios años que no veía a Jean, y muy bien podía haber cambiado de costumbres.

De todos modos, nada se perdía con probar.

Entré en el bar. De inmediato me di cuenta de que aquel negocio era bastante pobre. Allí no había luces de colores, ni chicas sonrientes, ni tipos bien vestidos. Solo un tocadiscos, contra el cual se apoyaba una mujer de muy escasas posibilidades ya. Luego había mesas, muchas de ellas vacías.

Humo. Mezcla de olores.

Mal ambiente para Jean, me dije. Debe haber cambiado de aires. Pero yo ya estaba allí, y me acerqué al mostrador.

Pedí «bourbon». Y enseñé un billete de diez francos a la camarera; esta era aún joven, de busto exagerado... para mis gustos y el rostro pálido, muy serio, casi sin «rouge» en los labios. Me parecía que estaba bastante amargada por ciertas experiencias, como muchas otras mujeres.

Ella miró el billete, me miró a mí y dijo:

—Es poco.

Sonreí como disculpándome.

—Se ha equivocado. Solo busco información.

No cambió en absoluto su expresión. Aquella vez solo miró el billete.

—¿Es usted policía? —inquirió.

—No. Solo busco a un amigo. Un buen amigo. Seis años después de lo de Normandía le vi aquí por última vez. Quiero darle una sorpresa.

La mujer limpiaba un vaso. Murmuró:

—Yo solo llevo aquí dos años. No creo que pueda darle información sobre su amigo.

—Pruebe —dije—. Se llama Jean Chaptale.

Me miró como sorprendida por su buena suerte. Su rostro se animó un tanto. Dijo:

—Conozco a Jean Chaptale. Está allí.

Me señalaba con un índice de uña muy larga y pintada hacia un rincón del local. Miré.

—Aquel es Jean —insistió.

Yo la había oído, pero en aquel instante ni oyendo las trompetas del juicio final hubiera sido capaz de reaccionar, de moverme. Estaba mirando a Jean ¡Dios! ¿Era posible?

Jean Chaptale estaba sentado en una silla, durmiendo frente a un vaso vacío. Tenía la mejilla izquierda apoyada en el brazo y le podía ver bien parte del rostro.

Enflaquecido, arrugado, lívido; su cabello no era oscuro con canas en los aladares, sino gris, sucio, revuelto. Vestía casi andrajos, como aquella gabardina abierta, de cuello rozado; no llevaba corbata...

La camarera debió advertir mi estupefacción y murmuró:

—Supongo que ha debido encontrar bastante cambiado a su amigo. No siempre habrá sido así, ¿eh? Es la vida; yo tampoco he estado siempre detrás de este cochino mostrador o en sitios peores.

La miré. Estaba amargada, sí.

Le tendí el billete e inquirí:

—¿Qué suele beber Jean?

—Está enamorado de «les *grands sauternes*». A veces, cuando tiene dinero, que es casi nunca, se bebe una botella, entera —respondió aquella mujer.

—Deme una —gruñí.

Acabé el «bourbon» y liquidé la cuenta. Luego, con la botella en la mano, me dirigí hacia la mesa que ocupaba Jean. Arrastré una silla y me senté frente a él. No dije nada; solo le miraba, notando que algo se retorció en el interior de mi pecho. Miseria, deprimente miseria. Pero, ¿por qué un hombre como Jean Chaptale?

Llegó la camarera y dejó dos vasos. Ella fue menos discreta que yo, y el ruido del cristal sobre el mármol despertó a Jean.

Jean alzó la cabeza y miró a la camarera, que ya se alejaba con cierta gracia en sus movimientos. Tal como había imaginado, sus caderas eran muy estrechas en comparación con el busto; un tipo en serie que me deja completamente frío. En fin...

Jean me miró a mí. Fijamente. Unos segundos. Yo también le miraba a los ojos, sonriendo, esperando su reacción.

—Cordes... —musitó con una nota quebrada en su voz.

—Él, mismo, Jean —respondí.

Me tendió una mano temblorosa que estreché con fuerza. Me daba lástima Jean y él debió darse cuenta.

Sus ojos no brillaban, pero me pareció que conservaba su agudeza mental; quizá fuese solo hipersensibilidad, debido a su estado. Para él no debía ser agradable que yo le hubiese visto en aquella situación.

—Me alegro de verte, Cordes —dijo—. Supongo que estarás pensando que...

—No te preocupes, Jean. Hablaremos de todo. Tenemos tiempo.

—Sí...

Miró el vino. Yo le escancié en su vaso una buena ración del claro y dulzón «sauternes». Miró el líquido al trasluz y bebió. Sus pupilas brillaron un poco.

—Cordes... Aún no has visto toda mi miseria —dijo de súbito—. ¿Qué quieres de mí?

—Podemos hablar un poco de nosotros, Jean...

—¿Para qué? —me atajó—. Ya me has visto; lo has visto casi todo. Hablar de mí, por ejemplo, es hablar de algo que se fue hace cinco años. Ya no soy nadie, Cordes. No soy nada. Una piltrafa que no quiere recordar el pasado y que se adapta a esta vida y se aferra a ella además.

Incliné la cabeza. Para disimular mi turbación escancié también en mi vaso un poco de vino. Extraje mi paquete de cigarrillos y

ofrecí a Jean. Encendimos.

—Jean... ¿has dicho que no quieres recordar el pasado?

—Sí. Lo he dicho.

—¿Lo has olvidado todo? —inquirí.

—Todo... —musitó.

—¿También has olvidado quién fuiste?

—Sí.

—¿Y lo que hiciste?

—Sí... ¡Sí, sí, sí! —masculló con los ojos cerrados y apretando un cadavérico puño contra el mármol de la mesa.

—¿Por qué, Jean? —inquirí tranquilo.

Se humedeció los labios con el «sauternes».

—¿Por qué? —repitió con los ojos entornados. Ya te he dicho que no hablemos de mí, Cordes. ¿Qué quieres? Tú eres Quanton Cordes, agente especial del F. B. I., y...

—Inspector, Jean —dije, sonriendo.

—¡Oh!... Es natural. Tú vales, Cordes.

—Tú valías, Jean —dije a mi vez.

Fumó nerviosamente y dijo:

—¿Qué quiere de mí el F. B. I.?

—Se trata de mí, Jean —dije—. Tú me haces un favor a mí. Por eso he venido a verte.

—Jean Chaptale ya no sirve para nada, Cordes —respondió—. Gracias por el vino.

Lo miré largamente. Por su gesto comprendí que realmente estaba dispuesto a poner fin a aquella entrevista que debía remover, sin que en ello interviniera su voluntad, su cerebro, aguijoneando, en rincones, despertando recuerdos que debían atormentarle.

—¿A qué te dedicas, Jean? —pregunté.

—A nada.

—¿De qué vives?

Me miró casi con ira.

—¿A qué llamas tú vivir? —soltó, mirándome con fijeza.

—Está bien, Jean. De todos modos insisto en hablar contigo. No es la primera vez que hemos trabajado juntos. Y siempre fuimos buenos amigos.

Se pasó una mano por la amplia frente. Estaba nervioso.

—Fuimos amigos —musitó.

—¿Ya no?

—Ya no tengo amigos.

—Jean... pudiste venir conmigo a Estados Unidos.

—Olvidalo. Gracias por el vino. Cuando regreses a Estados

Unidos recordarás a cierto amigo tuyo convertido en un desecho. Lo recordarás quince, veinte días, un mes. Luego... ¡Plop! Como una pompa de jabón. Nadie es amigo de nadie, y menos en nuestra profesión, Cordes.

—Has dicho «nuestra» profesión, Jean.

—¿De veras? Quería decir en lo que respecta a mí, mi «antigua profesión». Gracias por el vino.

—¡Basta! —gruñí ya furioso—. Una botella de vino no es un pago por lo que pretendo de ti, Jean Dos amigos pueden beber vino juntos cuando les dé la gana y con mayor motivo cuando hace años que no se han visto.

—Eso es verdad. Perdona, Cordes.

Sonreía con tristeza. Bebió otra vez, como dándome a entender que no había pretendido ofenderme.

De todos modos lo noté nervioso y parecía desear que yo desapareciera de allí.

Encendí otro cigarrillo. A mí me gusta aclarar todos los puntos cuando una cosa me desconcierta. Y en aquella ocasión me desconcertaba el nerviosismo de Jean. Jean había sido un tipo sereno, cínico, sosegado, salvaje cuando se presentaba el caso Aquel no era el mismo Jean.

Le pregunté:

—¿De qué tienes miedo, Jean?

Su nerviosismo se convirtió en franca inquietud.

—Tonterías tuyas —gruñó.

—Sabes que casi nunca me equivocaba con la gente, Jean.

—Sí... pero puedes haber perdido facultades.

Meneé la cabeza en sentido negativo.

—No, Jean —dije—. Soy mejor. Mucho mejor. Los años han madurado mi inteligencia; mis nervios están templados, firmes. Y tengo infinita más experiencia.

—¿Y crees que tengo miedo?

—Sí.

—¿Por qué te empeñas en que hablemos de mí? —gruñó Jean.

—En estos momentos no hablamos de ti, Jean —dije—. Hablamos, sencillamente, de que tienes miedo por algo. No me hables de ti, pero sí de tu miedo. ¿Por qué? ¿Conoces a Marcel Perronet?

Suspiró.

Sus pupilas erraron inquietas por el local. Seguía la música del tocadiscos, rumor de conversaciones... Nada más. Con los codos sobre la barra y la barbilla entre las manos la camarera nos miraba.

—Sabía que me hablarías de eso —gruñó en voz baja Jean.

—De acuerdo. ¿Podemos hablar en otro sitio?

—Sí, vamos.

Me incorporé. Jean siguió sentado, mirándome de un modo extraño. Me parecía que en sus pupilas existía una ironía maligna y algo así como deseos de sorprenderme.

—¿Qué te ocurre? —inquirí.

—Tendrás que ayudarme a caminar, Cordes.

—Bien...

Me acerqué a él y le ayudé a incorporarse. Asombrado comprobé que pese a su estatura, casi igual a la mía, unos seis pies, pesaba cosa de setenta y cinco libras menos que yo. Y me di cuenta de que tenía la espalda encorvada y flojas las piernas.

—¿Qué te ocurrió, Jean? —pregunté.

Me miró; se echó a reír de un modo desagradable. Me di cuenta en aquellos momentos que había deseado darme aquella explicación desde el primer momento. Dijo:

—Un cuchillo en la espalda, Cordes. Hace cinco años. Desde entonces solo vive el espíritu de Jean Chaptale.

—¿Quién fue?

—Un tal Yokoiev. Fue mejor que yo. Ya ves: la primera vez que alguien es mejor que yo, y... debí morir —dijo roncamente.

No dije nada. ¿Para qué? Comprendí que Jean había tenido muy mala suerte. Por regla general los de nuestra profesión no solemos quedar heridos, inútiles.

Lo más fácil es que la dentellada del enemigo acabe con nosotros. Y se acaba todo de una maldita vez.

En cambio, Jean se estaba consumiendo lentamente; debía recordar muy bien el acero en la espalda, aquel acero que debió acabar con él.

—Vamos, Cordes —dijo.

—Sí, claro.

Hice la vista gorda cuando se metió debajo de la gabardina lo que quedaba de la botella de «sauternes». Dejé que se apoyara en mí y echamos a andar. Al pasar frente a la barra noté fijos en mí los ojos de la camarera.

Vi algo extraño... Lo que son las mujeres. Hubiese jurado que en aquel momento la camarera hubiese aceptado mi compañía por menos de diez francos; quizá por nada.

Y no es que yo sea gran cosa, físicamente, no. Supongo que, como alguna vez me ha ocurrido, las mujeres se fijan en mi aspecto pleno de vitalidad, masculino. Yo soy para ellos un hombre.

Salimos del bar.

—¿Vives lejos? —le pregunté a Jean.

—No, no. Es aquí mismo, un par de manzanas.

Echamos a andar por Av. Junot hasta rue Calain-Court. Eran calles retorcidas, estrechas. Podía verse la cúpula del Sacre Coeur, iluminada, como una perla entre el barro. Nos encontramos con mujeres en cada esquina, con tipos dudosos...

—Es aquí, Cordes —gruñó Jean.

El número 19 de la rue Calain-Court. Era un portal viejo y oscuro. Adiviné que se trataba de un edificio destinado a estudios para artistas principiantes, de esos que creen que París es «Jauja».

II

LLEGO a nuestros oídos una voz femenina, gangosa, ronca, como adormilada:

—¿Eres tú, Jean?

—Sí.

Me miró con su maligna ironía y me dejó paso libre al estudio, que constaba de dos habitaciones: la grande para el artista en cuestión, que por lo visto se trataba de una mujer, y el dormitorio. Además, según mis cálculos, había cocina-comedor y aseo.

Jean me hizo pasar al estudio propiamente dicho. Una habitación bastante grande, con un ventanal de cara al centro de París, lo cual, en cierto modo, alegraba un tanto la vista gracias a las luces parisienses.

Vi cuadros inacabados, repugnantes; algunos, terminados, colgaban de la pared en macabra exposición de lo que nunca llegaría a ser.

París...

—Siéntate, Cordes —dijo.

Lo hice de cara a la puerta del estudio, procurando que mi rostro no mostrara expresión alguna. Pero Jean era listo, y además suspicaz sabía muy bien qué impresión me había producido aquello.

Volvió uno de los cuadros a medio pintar al revés y lo dejó a manera de tablero sobre dos taburetes, de modo que entre Jean y yo quedó algo parecido a una mesa. Allí dejó la botella de «sauternes», y llamó:

—Michele...

—Sí, querido...

—Dos vasos.

Por lo visto, Jean quería mostrarme toda su miseria. Hay gente que es así. No sienten el menor recato, no procuran disimular. Lo elegante es todo lo contrario. ¿Qué diablos le importa a nadie las miserias de uno? Mostrar las desgracias bien puede ser una señal de resentimiento. Claro que Jean tenía motivos, pero...

Apareció Michele.

Un vaso en cada mano, algo tambaleante y con sus grandes ojos azules, sin brillo, fijos en mí. Era alta, delgada, lacio cabello rubio. Tendría cosa de treinta y dos años, quizá un par más, pero parecía

más joven por su delgadez. Las cosas no le habían ido bien... Saltaba a la vista.

Iba ataviada con una ajada bata rosa, entreabierta, mostraba parte de sus piernas, muy blancas, no mal torneadas, pero con mucho hueso. Pómulos salientes, mejillas hundidas, ojeras: olía a coñac...

—Déjalos ahí, Michele.

Los dejó sobre su cuadro, tranquila. Seguía mirándome, aunque lo que esperaba era una explicación por parte de Jean. No llegó tal explicación. Jean dijo:

—Vuelve a la cama, Michele.

Ella me sonrió pálidamente y nos dejó solos. A su paso quedó una triste estela... de algo que no sería nunca.

Pero, aunque estaba deprimido, yo tenía que ir a lo mío. Por lo visto, Jean opinaba igual, puesto que tan pronto llenó los vasos, dijo:

—Marcel Perronet es un espía al servicio de Estados Unidos.

Yo dije:

—Era, Jean.

—Era... ¿Cuándo ha ocurrido? —inquirió.

—Esta noche. Iba a verlo cuando tropecé allí con la Policía. No he podido verlo, pero sé que era él. Alguien, no sé quién, dijo que lo habían matado de un balazo en la nuca, lo cual es muy probable. De todos modos, lo cierto es que Marcel está muerto. Y yo debía ponerme en contacto con Marcel, ¿comprendes?

—Eso es fácil. ¿Por qué ese contacto?

Vacilé. No quería hablar demasiado.

—No estoy muy seguro, Jean —gruñí.

—No quieres hablar claro, ¿eh? —sonrió.

—No es eso exactamente —mentí—. Solo que opino que tú puedes saber más que yo del asunto.

—¿Por qué esa opinión?

—Sencillamente, tienes miedo. Y tú mismo dijiste que temías que yo te hablara de Marcel Perronet —contesté—. Espero que ahora no tratarás de convencerme de lo contrario, ya que, entre otras cosas, me has traído aquí para hablar de eso.

Bebió. Me miró con sus negras pupilas algo veladas, pero cautas, inteligentes. A mí no me pareció que Jean estaba tan acabado.

Una palabra terrorífica para un espía: acabado. Es tanto como decir muerto, o casi.

—¿Qué quieres saber concretamente? —preguntó.

Sonreí con cierta ironía. Dije:

—Quiero saber quién lo ha matado y por qué.

—No puedes negar que eres americano, Cordes. ¿Sabes una cosa? Si no te acompañé a Estados Unidos cuando podía hacerlo fue porque me daba náuseas vuestro estúpido sentido del humor.

—Con lo cual quieres decir que no sabes quién lo ha matado ni el motivo del asesinato —gruñí.

—Así es.

—Sin embargo, sabes algo de Marcel Perronet.

—Sé que era un espía a vuestro servicio. Eficiente, honrado (tanto como lo puede ser un espía por dinero) y con una lealtad de más de diez años al servicio de Estados Unidos. También sé que Perronet tenía un enlace en la R. D. A. (República Democrática Alemana, o Alemania Oriental); un tal Bauer; un viejo zorro con tanta experiencia como nosotros, y estupendos servicios.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Mis ojos han estado siempre abiertos, pese a todo —murmuró con amargura Jean Chaptale.

—Comprendo. Pero debes saber algo más que eso.

Calló. Se entretuvo mucho bebiendo un corto trago.

—¿No dices nada, Jean?

—Sé que Marcel Perronet quería abandonar Francia. Por lo visto los aires de París se le estaban enrareciendo.

—Empero, estaba a punto de comunicar algo importante.

—Es posible.

—¿Y de qué tienes miedo tú?

Sonrió débilmente.

—Si Perronet estaba a punto de abandonar el país era por algo. Pensé que me concernía a mí también, ¿comprendes? Lo que puedo asegurarte es que no sé qué llevaba entre manos Perronet. De todos modos imagino que tiene que ser algo relativo a Berlín. Perronet era un especialista en asuntos alemanes. Yo creo que sabía más de, las cuestiones de Berlín que el mismo Ulbricht. Era un buen elemento, ¿no?

—Muy bueno, Jean. Tú lo fuiste también.

—No hablemos de mí.

—De acuerdo. Pero sigue imaginando cosas, Jean. ¿Qué más se te ocurre? —inquirí, intuyendo que iba por el buen camino.

—Si el F. B. I. sabe que Perronet estaba a punto de conseguir una importante información, también debe saber algo respecto al asunto de que se trate.

—Algo, sí. Muy poco. A continuación del penúltimo mensaje en clave de Perronet llegó el último: una hoja en blanco. Por eso se

decidió que el inspector Quenton Cordes tomase el avión.
¿Comprendes?

—En blanco... ¿Cuándo fue?

—Hace dos días.

—En tal caso cabe la posibilidad de que Perronet lleve dos días muerto. Vivía solo y no tenemos por qué desdeñar la posibilidad de que su muerte no haya sido descubierta hasta hoy. Quien envió el mensaje en blanco quizá sabía de nosotros más que el propio Perronet.

—No digo que no. En esto del espionaje tropezamos continuamente con verdaderas lumbreras, Jean. Pero no se trata de alabar a quién hizo el trabajo con Perronet, sino de dar con él.

—Muy bien. Vayamos por partes —dijo Jean—. Debe tratarse de un asunto relacionado con Berlín. Han descubierto a Perronet y es probable que también a Bauer. Por tanto, están haciendo limpieza. Atacan a fondo para desarticularnos... ¡Al diablo! Para desarticularlos. Yo fui espía al servicio de Estados Unidos y puede que se confundan conmigo. De eso tenía miedo. Lo tengo aún.

—¿Qué más? —inquirí.

—Sé que Perronet tenía tratos con una mujer: Donna Hull.

—¿Qué clase de tratos?

—Que yo sepa nunca se les ha visto juntos en el teatro de la Ópera, ni en un «bateaux-mouche» paseando por el Sena ni en el bosque de Bolonia. ¿Comprendes?

—Sí. Nada sentimental.

—Así me lo parece a mí. Quizá negocios. Y no de trajes de confección precisamente. Es de suponer que Donna sea una auxiliar de Perronet. En todo caso, para más seguridad, puedes preguntárselo a ella.

Pensé rápidamente y la primera pregunta que se me ocurrió fue:

—¿De veras no sigues en activo, Jean?

—De veras. El vino me ha desatado la lengua. Como habrás comprendido, hace mucho tiempo que conocía a Perronet. Lo de Donna Hull lo he sabido porque... porque es inevitable que yo me entere de esas cosas. Además, del mismo modo que temo por mi vida, temo por la de esa mujer, por la de Donna Hull. Si el asesino de Perronet ha establecido relación entre este y Donna, ella no lo pasará muy bien. En cuanto a mí, solo hago que esperar... Sería estúpido que ahora se presentasen a matarme.

—¿Dónde vive Donna Hull?

—En el 91 de rue Saint Lazare.

—De acuerdo. En este caso le preguntaré a ella misma qué tratos

tenía con Perronet... suponiendo que esté viva.

—Pruébalo —dijo con indiferencia Jean.

—Por supuesto. ¿No tienes nada más que decir, Jean?

—Nada más. No es mucho, ¿eh?

—Ni poco. Hace una hora creí que había llegado al final del camino. Ahora tengo por dónde empezar, Jean...

—¿Qué? Oh... Ya veo: quieres darme una limosna.

—Cincuenta dólares. Cómprale algo a Michele.

Se echó a reír. La verdad es que yo le recordaba de otra manera. Jean había tenido siempre una risa agradable, franca. Pero en aquellos momentos resultaba desagradable, hiriente. No había tenido suerte, desde luego.

—No te preocupes por Michele —dijo—. Está acostumbrada a mí. ¿Sabes? La conocí en el bar. Estaba casi borracha y llorando... Bueno; sentí que algo me ligaba a ella, ¿comprendes? Me explicó su vida... nada que valga la pena oírse y que no conozcas ya, Cordes. Todas estas chicas son iguales; han nacido para morir, simplemente. Solo para eso. En fin... no es que hable mal de Michele, ni mucho menos. Yo estaba tierno aquella noche y tenía algunos francos. Se los regalé... «regalé» —insistió—. Pocos días después se me presentó en el bar diciendo que había vendido dos cuadros y que tenía suficiente para alquilar un estudio, este, durante una temporada. Dijo que quería agradecerme lo que yo había hecho por ella. Le contesté que no valía la pena... No sé, creí comprender que me necesitaba que necesitaba a alguien. Y vivo aquí con ella. Al principio la idea de que alguien necesitara a un desecho me dio algo de moral. Ahora... ya ha pasado la euforia, ¿entiendes? Total, nada. Ella y yo estamos dónde estábamos antes de conocernos. Pero nos hemos acostumbrado el uno a la otra y viceversa. Es buena chica.

—Ya... De todos modos, cincuenta dólares son cincuenta dólares, Jean. Y no es limosna. Si tú encontrases un amigo en la situación tuya, ¿qué harías? Ojalá pueda ayudarte más, Jean. Yo no olvido...

—Pues olvídale. Gracias por los cincuenta dólares.

Tomó el dinero, que guardó descuidadamente en un bolsillo. Pensé que era estúpido sentir compasión de hombre con la personalidad de Jean Chaptale. No le importaba el dinero, sabía apreciar a Michele, quería olvidar un pasado casi glorioso... Hace falta corazón para todo eso.

—Noventa y uno de rue Saint Lazare —repetí.

—Gracias, Jean, Es...

—No las des. En mi opinión es un consuelo que intervenga el F. B. I. Vosotros no falláis nunca.

Sonreí torcidamente. Dije:

—Estoy solo, Jean. Es posible que mi misión hubiese terminado desde el momento en que vi muerto a Perronet. Pero no me resigno, ya sabes por qué.

—Claro: amor propio. Consideras que regresar de vacío a Washington es un fracaso personal tuyo.

—Así es. Una estupidez, ¿no?

Sonrió, me pareció que de un modo más humano, más comprensivo, y dijo:

—No es una estupidez, Cordes. Y me alegro por ti. Confieso que al verte me sentí humillado, más hundido, pero... Eso es mezquino, idiota. Celebro que sigas siendo el mismo. Mi palabra, Quenton. Sería injusto que mi resentimiento llegara hasta ti.

Le alargué la mano y él la estrechó con firmeza. Nos mirábamos fijamente y supe que había dicho la verdad; no había cambiado nada entre nosotros. Por lo menos, Jean lo sentía así en aquellos momentos.

—¿Te vas ya? —inquirió.

—Sí.

Echamos a andar hacia el vestíbulo del estudio. Eché un ligero vistazo a la habitación del dormitorio y vi las piernas delgadas y blancas de Michele. Luego creí ver un brillo en su rostro y supuse que el coñac era indispensable en aquel estudio. No sé... Me remordió la conciencia, me sentí estúpido, infeliz y deprimido.

—Saluda a Michele de mi parte —dije.

Sonrió tristemente y respondió:

—No te preocupes. Mañana no recordará que alguien haya estado aquí esta noche.

Salí del estudio.

* * *

Ya en Place Blanche de nuevo me sentí distinto. En Place Blanche uno se aturde, queda deslumbrado por el colorido y el brillo de las luces intermitentes. Hermosas mujeres, con el rostro indiferente y bonito; escotadas, muy marcadas las cadenas, y el busto... Hombres con los ojos velados por un deseo de quinientos francos; caro, muy caro placer.

Muchos se aturdían. Una noche en París, ¡qué diablos! Una noche en París valía la pena...

Confieso que yo sentí también ganas de aturdirme. Y no por lo que representaba en sí una de aquellas mujeres, no.

Yo caminaba deprisa y apenas las veía. Y me importaban un

bledo las luces y el alegre murmullo de todo lo alegre que pueda ser el placer a cambio de dinero.

Yo tenía ganas de aturdirme por la sencilla razón de que pensaba en mí mismo recordando a Jean Chaptale.

¿Llegaría yo a una situación parecida? Físicamente era posible. En cuanto a lo económico, no. A mí me respalda el F. B. I. Pero yo sabía positivamente que lo que menos le importaba a Jean de su situación era el aspecto económico. Su destrucción era moral. Uno puede soportarlo todo cuando la moral es fuerte. Cuando no...

Empezaba a lloviznar y el frío se había intensificado. Tuve que aguardar diez minutos antes de encontrar un taxi.

Por fin, acurrucado en uno de aquellos vehículos, di la dirección de la rue Saint Lazare.

Mientras el coche se deslizaba por las calles brillantes; húmedas, yo trataba de pensar, de establecer algo claro.

Había recibido la orden de presentarme en París, en rue Médéric; y ponerme en contacto con Marcel Perronet.

Habían sucedido cosas extrañas. Perronet era un agente de confianza; cosa de diez años, o más, al servicio de los Estados Unidos. En uno de sus mensajes indica que comunicará algo importante. Eso tan importante llega y resulta ser una hoja en blanco.

Lo lógico es que el F. B. I. se pusiera en movimiento. Y decir F. B. I. cuando se trata de asuntos en París es decir Quenton Cordes, que soy yo. Me pongo en movimiento. Perronet ha sido asesinado.

Luego lo de Jean. Sabe tan bien como yo que Perronet era un experto en asuntos concernientes a Berlín.

Tenemos, pues, que a Perronet le ha eliminado alguien que sabe de Berlín tanto como nosotros y, al parecer, también sabe tanto como nosotros respecto a nuestras redes europeas.

¿Quién?

Algunos nombres desfilaron por mi mente. Opino que la cosa estaba en manos de gatos viejos en asuntos de espionaje. Eso es lo malo de los espías internacionales: llegamos a conocernos mutuamente, lo cual es tanto como decir que nos autoanulamos.

Es un decir, claro. Al hombre que eliminó a Perronet aún no se le había anulado.

Ni a mí, por supuesto.

En cuanto al nombre de Donna Hull no me sonaba en absoluto, lo cual no significaba nada, claro está. Cualquier espía puede adoptar el nombre que le dé la gana.

Por eso crecía mi impaciencia por conocer a Donna Hull a

medida que el taxi se iba acercando a Saint Lazare.

—Saint Lazare —dijo el taxista.

Pagué y abandoné el vehículo. Miré el número de la calle, que correspondía al 114; es lo prudente.

Eché a andar.

III

DEBO aclarar que yo no consideraba a Donna Hull copio a una espía del otro lado. No tenía por qué sospechar tal cosa, ni mucho menos, si se tiene en cuenta que para engañar a un hombre como Perronet, reconocido como eficiente durante más de diez años, hace falta experiencia, cerebro y valor en dosis casi imposibles para una mujer.

Yo buscaba a Donna Hull con la esperanza de que pudiese hablarme del asunto Perronet.

Y allí estaba yo, en su casa, un edificio bajo, de dos plantas, que ocupaba ella sola.

Nadie había contestado a mis llamadas en la puerta y empecé a temer que el nombre de Donna Hull fuese algo pasado a la historia, tal como había dicho Jean.

Y mientras con el rayo de luz de mi linterna trataba de orientarme mascullaba furiosamente. Pensaba con insistencia en que Jean había tenido razón: ella debía estar muerta en cualquier parte de la casa. Y quizá oliera ya su cadáver, pues empezando a hacer cálculos llegué a la triste deducción de que a Donna la habían anulado definitivamente al mismo tiempo que a Perronet.

Y tal pensamiento tenía cierta lógica, que era lo peor.

Así, pues, me resigné a encontrar a un cadáver muy frío ya.

Y no.

No encontré un cadáver. Había dado la vuelta completa a la casa sin encontrar a Donna Hull. Y empecé a volverme loco formulando hipótesis. Una de ellas era la de que Donna debía reunir todo lo que he dicho antes: valor, cerebro y experiencia. En definitiva, que era una traidora.

Y me quedé parado en mitad del vestíbulo sin saber qué hacer.

Una vez más creí que había llegado al final del camino.

Solo; Yo solo. Es lo triste de mi oficio.

Y sentí un escalofrío recordando a Jean... Un cuchillo por la espalda...

Lo cierto es que aquel pensamiento se transformó en agudísima sensación, hasta tal punto que me volví espeluznado. Lucha a muerte. Yo lo sé bien: la lucha es a muerte. Y si no se muere...

Recordé de nuevo a Jean y maldije la hora, en que había decidido contar con él. De no haberle visto tomaría las cosas de otra

manera: con sosiego, con calma, como siempre.

Bien. He dicho que miré hacia atrás y no vi cuchillo alguno. Era otra cosa: una automática.

Quedé quieto en espera de los acontecimientos. La luz de mi diminuta linterna seguía alumbrando la puerta por la cual pensaba salir un minuto antes. Por lo visto era tarde.

—¿Dónde está Donna Hull?

Me lo preguntaban a mí. En fin... La chica debía ser bastante lista, puesto que se había esfumado. Pensé que tal vez lo había hecho con el informe que había anunciado Perronet. De ser así, yo era el majadero más grande del mundo, puesto que el informe debía estar a salvo con Donna, y yo allí, bajo la amenaza de una automática. No se puede tener amor propio. Por lo menos en determinadas cuestiones, por muy inspector del F. B. I. que sea uno.

Respondí:

—Está muerta.

Hubo unos instantes de silencio, de desconcierto, como yo esperaba.

—¿Muerta? —gruñó una voz, perteneciente al segundo individuo.

—La maté yo. Solo que no he podido obtener el documento.

—¿Y quién es usted?

—N. K. V. D. —dije con aplomo.

—¿N. K. V. D. o F. B. I.? —inquirió uno de ellos.

—No diga tonterías —gruñí, volviéndome hacia ellos—. Sospecho que ha existido entre nosotros una ramificación malentendida. Yo...

Ya estaba hecho.

Dejé caer la linterna y dirigí la mano izquierda contra el tipo que tenía más cerca. Lo primero fue desviarle el arma, luego lo demás.

Lo demás fueron dos puñetazos, hígado y estómago, que dejaron al tipo inclinado, quejándose. El tercer golpe fue fulminante; me despellejé los nudillos de la mano derecha, pero el tipo salió hacia atrás con el mentón desencajado. Chocó contra un mueble y cayó de espaldas sobre el mismo, con estrépito.

El otro disparó fríamente. Vi el foganazo; casi me cegó. Pero supe inmediatamente que no me había acertado. Por tanto, redoblé mi esfuerzo.

Ya digo: soy un tipo sosegado, calmoso. Nada me impacienta, nada me altera... hasta que ocurre lo contrario. Y puedo ser un salvaje cuando es conveniente.

Lancé mi pie derecho, duramente calzado, y acerté. Justo en la

muñeca de aquel tipo, que gruñó en un idioma familiar para mí: ruso. Como fuese, la pistola resbaló de entre sus dedos paralizados, lo cual aproveché para enseñarle un par de cosas: que pego igual de duro con ambos puños.

Le asesté un tremendo puñetazo en el pecho.

Resolló, se tambaleó y por tal motivo fallé el segundo; solo le rocé una oreja, pero el tipo chilló como si le hubieran acariciado con un hierro al rojo.

El tercero fue certero, duro. Le machaqué la nariz. El tipo cayó de rodillas y vi brillar la sangre que brotaba de sus orificios nasales.

Le quité los dolores de un mazazo en mitad del cráneo.

Quedó despatarrado cuando el otro ya se abalanzaba contra mí. Le recibí con una zancadilla y el tipo cayó de bruces. Le pisé los riñones y se arqueó violentamente, como por reflejos.

Todo a la débil luz que penetraba por un ventanal del vestíbulo.

Me coloqué delante del tipo y vi brillar su dentadura. No sé por qué recordé a Jean y mis malos instintos pasaron de tono. Le asesté un furioso puntapié que borró el tono blanco brillante de los dientes del tipo. Este aulló y se revolcó por el suelo.

El otro elemento había vuelto en sí y saltaba sobre su pistola.

Yo llegué antes... a la mía. Y disparé. Sin silenciador, claro está. Algún día adoptaré la técnica, pero... En fin, disparé contra él sin silenciador cuando el tipo estaba seguro de que mi espalda era el mejor blanco de su vida.

La acerté en la frente.

Ni un solo grito. Nada. Quedó allí, encogido, en un rincón oscuro, como si nunca hubiese existido.

El otro seguía retorciéndose y había recuperado su pistola. Disparó contra mí y repliqué al fuego.

Pensé que era demasiado llamar la atención dos disparos de arma de fuego. Mi «Luger» es una escandalosa y creí que lo más conveniente por el momento era salir de allí.

Es lo que ocurre cuando uno desempeña una misión delicada. El F. B. I., por lo menos en el extranjero, debe comportarse discretamente.

Con rapidez imaginé el cuadro. Llegarían gendarmes; nos atraparían a aquel tipo y a mí. Inmediatamente, identificación, líos. Por fin se sabría que yo era del F. B. I., y el otro del N. K. V. D., por ejemplo. Entraría en funciones el *Deuxième Bureau* francés, metiendo las narices donde no les importaba.

Ni hablar.

Disparé de nuevo, por aquello de cubrir la retirada, y salté hacia

la puerta. Unos segundos más tarde estaba en el exterior, cuando los silbatos de la gendarmería empezaban a ponerse pesados.

Corrí calle abajo, pegado a los edificios, protegido por la oscuridad y la niebla.

Cuando creí que ya estaba fuera de peligro me detuve y empecé a caminar con toda normalidad, como cualquiera.

Me alisé el cabello y encendí un cigarrillo. En aquellos instantes pasaba por delante de la Gare Saint Lazare, poco animada, con las luces de emergencia. Oí el pitido de una locomotora. Y apreté el paso.

Luego me di cuenta de lo estúpido que soy. ¿Dónde diablos iba? ¿Qué podía hacer?

* * *

Penetré en el Vestíbulo del hotel en que me había alojado. Era un establecimiento de segunda categoría, discreto, limpio, con ducha en las habitaciones. Yo necesitaba todo aquello: discreción, ducha, un par de cigarrillos y un poco de «bourbon». Lo necesitaba para pensar.

Subí a mi habitación y abrí la puerta. Cerré, apoyé la espalda en la puerta y solté un suspiro.

Y cuando abrí la luz fruncí el ceño.

—¡Diablos!... Perdona, «mademoiselle», yo...

Ella, la tal «mademoiselle», sonreía ligeramente aunque de un vistazo me di cuenta de que estaba inquieta.

—Está en su habitación —dijo—. Yo soy la intrusa.

La miré fijamente, con descaro. Yo, a mis cuarenta y un años y después de lo que he visto en mi vida, no me ruborizo.

Ni ella. Y eso que tenía, cuando menos, doce años menos que yo. Eso demuestra que la edad no significa nada.

Digo que no me ruboricé al mirarla. Y había motivo.

Era morena. Cabello muy negro, sedoso, largo, ondulado. Labios rojos, sonrientes; ojos oscuros, burlones, profundos; busto erguido, joven, firme. Y piernas... Lo que se veía era escultural, de concurso, de... de...

La faldita negra que llevaba, muy corta, muy ajustada...

Y allí, sobre mi cama, un abrigo de piel. Barata, pero piel.

Yo, tranquilo, me despojé del abrigo, que dejé cuidadosamente sobre el respaldo de una silla. Me acerqué a ella, extraje mi paquete de cigarrillos y la ofrecí. Me senté a su lado y encendimos.

—¿Donna Hull? —inquirí.

—Muy inteligente —respondió.

—Menos que usted. No creí que nadie pudiese dar conmigo. ¿Cómo lo ha conseguido?

—Tengo amigos. Añada a eso que yo sabía que un hombre del F. B. I. se presentaría en París.

Miré al suelo. Luego mi mirada fue ascendiendo: las puntas de los pies, bien calzados; lo otro... lo otro... Pero yo estaba furioso.

Parpadeó. Empezó a comprender que conmigo eso de enseñarme algo de sus piernas era una completa estupidez. En todo caso no tenía por qué complicarse la vida con exhibiciones, puesto que éramos aliados. ¿O no? Había que analizar tal extremo, puesto que entre aliados sobran tonterías y martingalas.

—¿Qué clase de amigos? —repitió—. Enlaces. Perronet me presentó a ellos.

Mentira.

Perronet sabía muy bien que se jugaba la vida a la menor indiscreción e imagino que, por lo que había oído de él, no era hombre que cometiese indiscreciones y estupideces como la de confiarse a una mujer.

De momento pasé por alto las idiotas mentiras de Donna. Fui al grano y dije:

—Está bien. Sé que usted estaba relacionada con Perronet. ¿Cómo ha ocurrido todo? ¿Posee usted el informe?

—Ni una cosa ni otra. No sé cómo ocurrió lo de Perronet ni pude hacerme con el informe.

Fruncí el ceño y me devané rápidamente el cerebro.

—Entonces, ¿qué hace aquí? —inquirí.

Chupó largamente de su cigarrillo y expulsó una densa bocanada de humo. En aquellos momentos su rostro estaba ligeramente contraído, parecía concentrada. Dijo:

—Yo sé algunas cosas de París. Voy a cambiarle información por una promesa.

—¿Qué he de prometerle yo? —inquirí.

—Mi entrada en Estados Unidos. París es pequeño para mí a estas alturas.

—Oh... Perronet opinaba igual, ¿no?

—Sí. París es actualmente un centro, un avispero de la N. K. V. D. Que yo sepa, actúan tres o cuatro agentes. Sus nombres: Basili Gousarov, Pável Voronine y Nadia Yokoiev. Quizá haya alguno más, pero estos están descubiertos por mí. Perronet también les conocía, pero no supo protegerse a tiempo. En mi opinión, todo ha ocurrido por haber sido descubierto nuestro enlace en Alemania oriental.

Yokoiev... Nadia Yokoiev. Podía ser una coincidencia, pero un tal

Yokoiev había acabado con la utilidad de Jean. Yo no creía que hubiese sido una mujer. En todo caso, Jean me aclararía tal extremo. En cuanto a lo que pretendía Dona, no me parecía muy claro.

—Vayamos por partes —dije—. ¿Cuándo supo usted que Perronet había muerto?

—Hace unos días.

—Ya... ¿Cómo sabía que llegaría aquí un hombre del F. B. I.?

—Perronet estaba muerto. Pensé que el F. B. I. no quería verse privado por las buenas de un elemento eficaz. Además, existía el informe prometido por Perronet.

Asentí con la cabeza. Parecía lógico que Donna, que debía ser algo inteligente, hubiese llegado a aquellas conclusiones. De todos modos, Donna había mentido una vez y me había enseñado las piernas, por instinto, como viendo en mí un enemigo al que se puede engañar.

Seguí interrogando, como si nada.

—Dígame, concretamente, en qué puede ayudar usted al F. B. I. Dar unos nombres no significa absolutamente nada, compéndalo.

—Alguno de ellos ha podido recuperar el informe de Perronet. Sonreí.

—Pues no es así —dije.

—¿No? ¿Cómo lo sabe?

—¿Se ha preguntado de dónde vengo ahora? —inquirí.

—Bien...

—He estado en el 91 de Saint Lazare —abrió mucho los ojos—. Allí he matado a un hombre y dejé en mal estado a otro que tal vez haya caído en manos de la Policía. Esos dos hombres buscaban a Donna Hull, sin duda para arrebatarle el informe. Veamos: si no lo tenía Perronet cuando lo mataron, lo cual se deduce por lo que le he explicado antes respecto a dos hombres que buscan a Donna Hull por ese informe, y si tampoco lo tiene Donna Hull, que es usted, ¿quién lo tiene?

Estaba confusa.

Y yo también, lo confieso.

El que Donna hubiese mentido estúpidamente en lo de que Perronet le había presentado a sus amigos, no decía gran cosa. Una cosa sí: Donna estaba asustada, y sin saber nada, siendo una inútil en aquel asunto, trataba de engatusarme con unos nombres para obtener mi promesa de ingreso en Estados Unidos. Era todo: ella quería huir de París. Muy comprensible, muy humano, pero poco interesante para mí.

Donna no me resultaba de utilidad alguna. Más bien un estorbo.
Y no estaba para líos.

—No sabe responder a eso, Donna —sonreí vagamente—. No sabe responder a nada.

Se mordió el labio inferior y murmuró:

—Comprendo. No le intereso.

—Me temo que no —suspiré—. Quizá sus amigos; los amigos de Perronet... Dígame sus nombres.

Me pareció que se alarmaba. Empero, su expresión cambió pronto y me miró fijamente, me escrutó, en actitud interesante.

Dijo:

—Suponga usted que mañana yo me presento aquí con el Informe de Perronet. ¿Qué haríamos? ¿Saldríamos inmediatamente de París?

—Tal vez. Usted tráigalo —sonreí torcidamente.

—Lo intentaré. Oiga... ¿cómo pudo enterarse de mis señas? —preguntó de súbito.

—Yo también tengo amigos —dije sin comprometer a nadie.

—¡Oh...!

—Complicado, ¿eh? —dije con ironía—. Me pregunto por qué diablos se ha metido usted en esta clase de juegos, Donna. Son peligrosos, no aptos para medianías. ¿Comprende?

—Yo soy una medianía, ¿no?

—Y mujer además. Para ser una buena espía, la mujer en cuestión debe ser excepcional. De lo contrario, dura muy poco. Y no me diga que usted se ha metido en estos asuntos por afición. ¿Qué esperaba obtener? ¿Dinero?

—Bien...

—Pongamos que sí, dinero —atajé—. Ahora, cuando se da cuenta de que esto ni es emocionante ni fácil, sino terrorífico, espeluznante y mortal, tiene miedo y pretende acogerse al asilo de Estados Unidos. Asilo político...

—No, no... Pasar a Estados Unidos y desaparecer allí. Empezar una nueva vida, ¿comprende?

—Ya. Y todo olvidado.

—Sí —musitó.

Estaba algo pálida la chica. Lástima, porque era muy bonita. Asustada, incluso parecía más joven. Seguía mostrándome la piel blanca y fina de sus piernas, las cuales me parecían más bonitas cuanto más las miraba. Y ella lo sabía, claro. Las mujeres saben esas cosas.

¿Y a mí qué? A aquellas alturas debía también saber ya que a mí

no iba a engañarme tontamente.

—Está bien —gruñí—. Mañana la espero aquí.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero de la mesita de noche y se incorporó.

A veces sí me impresiono. ¿Quién no, diablos? Uno no es de piedra, ni que en lugar de cuarenta y un años tuviera cien. La chica irguió el busto y creí que reventaba el suéter azul claro que apretaba sus formas.

Luego la miré a los ojos y vi un destello que comprendo muy bien. Me incorporé y me acerqué a ella.

Sus brazos, lentamente, subieron hasta mi cuello; seguía mirándome a los ojos, con sus negras pupilas, profundas, de insondable expresión. Luego aplastó sus labios contra los míos, pegándose mucho a mí.

Luego nos separamos. Ninguno de los dos pronunció palabra.

¿Para qué? Hay cosas tan claras a veces...

También en silencio, Donna caminó hacia la puerta. Yo, un poco estúpidamente, lo confieso, iba a decirle que se dejaba el abrigo de piel barata, pero me dejó con la boca abierta. Lo que hizo fue apagar la luz, dejando la habitación sumida en las sombras. Luego, unos momentos después, se podía ver algo gracias a la luz del exterior que penetraba por la ventana.

Me pregunté si Donna pensaba pagar tan cara su entrada en Estados Unidos.

¿O era otra cosa?

Ante la duda... Soy inspector del F. B. I. Y tengo cuarenta y un años y he conocido muchas mujeres.

Miré su silueta y vi que empezaba a quitarse el suéter. Me acerqué a ella y detuve sus movimientos. Vi relucir sus ojos. Quizá interpretó mal mi gesto y se pegó de nuevo a mí, besándome. Olía bien, era cálida, firme su cuerpo...

La agarré de un brazo, recogí su abrigo, se lo eché sobre los hombros y la acompañé hasta la puerta.

—Vuelve mañana, Donna —gruñí.

La dejé en el pasillo y cerré la puerta.

IV

MEDIA hora después salí del hotel. Eché a andar y di un par de vueltas por las manzanas que circundaban el hotel, tratando de comprobar si era seguido. No vi a nadie.

A mi pesar, sentía todavía un vacío en el estómago; por unos instantes, mientras besaba a Donna había fantaseado sobre París, sus noches y sus mujeres. Solo unos segundos. La fantasía es inevitable. Luego uno nota que el estómago se contrae... ¡Bah! Yo sé dominarme.

Yo quería aclarar aquella misma noche un par de puntos. Y nadie mejor que mi amigo Jean Chaptale.

Por tanto, cuando me convencí de que nadie me seguía, me encaminé hacia Calaincourt, donde radicaba el estudio en que Jean vivía con Michele.

Tardé veinte minutos en llegar, puesto que fui a pie, bordeando Montmartre, sus callejuelas pinas, húmedas de lluvia, en las que todavía no había reposo; aquello duraba hasta la madrugada. Aquello es lo que algunos llaman diversiones.

Me metí en el portal del edificio y ascendí las escaleras alumbrándome con mi linterna.

El estudio del último piso. Llamé a la puerta.

Insistí. Debían estar durmiendo.

Poco después veía filtrarse una ligera luz por debajo de la puerta y oí pasos arrastrados. Se abrió la puerta. Era Michele.

—Hola, Michele —sonreí—. ¿Puedo pasar?

Me miró con sus grandes ojos tristes. Fruncí el ceño al darme cuenta de que aquella mujer había llorado; hacía muy poco. Lloraba aún en realidad.

Seguía oliendo a coñac, desde luego. Miserias.

—¿Qué ocurre, Michele? —inquirí.

—Pase —musitó.

Entré y ella cerró la puerta. Quedó parada, obligándome a mirarla. Empecé a inquietarme.

—¿Y Jean? —inquirí.

Me señaló con un dedo tembloroso el estudio que ella utilizaba para pintar medios cuadros. La puerta estaba entreabierta. Sin esperar más, yo me dirigí hacia allí; empujé la puerta, abriéndola totalmente.

Jean estaba allí, sí.

Con un orificio en la nuca, tendido de bruces, con los restos de la botella de «sauternes» por encima.

Muerto ofrecía una imagen mucho más patética que cuando le vi un par de horas antes. Su sucio cabello gris desgredado, los ojos abiertos aún, las manos agarrotadas...

Cerré los ojos un instante. Noté que empezaba a sudar, y el sudor me producía frío. Luego empecé a hacerme preguntas. ¿Quién? ¿Por qué? La primera pregunta era de difícil respuesta... aún. La segunda podía explicarse fácilmente.

Le mataron porque había hablado conmigo, me había dicho algo. ¿O quizá era cierto lo de que la N. K. V. D. estaba haciendo limpieza y creyeron que Jean era aún un elemento activo?

—No, no. Los de la N. K. V. D. buscaban el informe de Perronet. Por tanto, la muerte de Jean estaba relacionada con aquel maldito asunto.

Me volví hacia Michele, que se había situado silenciosamente junto a mí.

—Yo le quería —musitó—. Era bueno. Muy bueno.

Asentí con la cabeza.

—Lo sé, Michele —murmuré—. Lo siento de veras.

Me miró con tristeza. Adiviné qué pensaba en aquellos momentos.

—¿Crees que ha sido culpa mía, Michele? —inquirí.

Encogió sus delgados hombros.

—Ha ocurrido —dijo—. ¿Sabe una cosa? Éramos casi felices, aunque le parezca extraño. Pero... a mí nada me sale bien. Nunca me ha salido nada bien. Ojalá hubiera estado yo aquí cuando le mataron.

—No comprendo —gruñí—. ¿No estabas aquí?

—No.

—¿Entonces?

—Jean me dio dinero, dólares. Me dijo que esta noche podría beber cuanto coñac quisiera. Tomé el dinero, me vestí y bajé a la calle. Cuando subí con la botella, Jean estaba ya así.

—Por tanto, no sabes nada; no has visto nada.

Meneó negativamente la cabeza. Dijo:

—No.

Aquello era desesperante. De todos modos, empezaban a vislumbrarse algunas cosas. Yo tenía que pensar despacio. Me senté y encendí un cigarrillo. Michele seguía en pie, mirando con expresión torturada aquel cadáver.

Lo primero que me pregunté fue si a Jean le habían asesinado aquellos dos tipos que me esperaban a mí en casa de Donna Hull. ¡Diablos, no! No me esperaban a mí, sino que buscaban a Donna...

—Michele —llamé—. ¿Ocurrió mucho después de marcharme yo?

Pensó unos instantes.

—Cosa de media hora o algo más. Yo no estaba muy...

Se interrumpió, como avergonzada. Lo que había querido decir es que estaba bastante borracha.

Como fuese, era materialmente imposible que aquellos dos hombres hubiesen matado a Jean. Además, era muy probable que ni siquiera le conociesen. Entonces, ¿quién diablos intervenía allí? Donna Hull... Donna Hull. Empecé a sospechar que tendría que mirarla con otros ojos... si realmente podía volver a verla.

Pensé en los nombres que me había dado: Basili Gousarov, Pável Voronine y Nadia Yokoiev...

—Michele... ¿Alguna vez te ha hablado Jean de sí mismo?

—Nunca —musitó.

—¿Tampoco le preguntaste nada?

—Ni él a mí.

—Ya... ¿Qué hiciste al descubrir el cadáver?

—Nada. Llorar.

—¿No has avisado a la Policía?

—No.

—¿No pensabas hacerlo?

Asintió con la cabeza.

—Sí... Más tarde. Yo... yo aún no puedo creer que esté muerto —musitó.

—¿Tiene amigos? —inquirí.

—Sí —murmuró, algo sorprendida por mi sequedad.

—¿Qué clase de amigos?

Aquello me pareció un sentimentalismo idiota, pero no dije nada. Allá ella. Y la chica, se notaba en su rostro, sufría mucho, y había sufrido más. Contra lo que se supone, el corazón no se endurece, sino que se ablanda, queda lastimado, enfermo, pobre de energías. Eso debía ocurrirle a Michele.

Me incorporé, aplastando la colilla con el pie. Luego la recogí y la guardé en un bolsillo. Dije:

—Michele... usted sabe que pertenezco al FBI. Se lo habría dicho Jean, ¿no?

—No me dijo nada.

—Bueno —gruñí—. Pues ya lo sabe. Lo que quiero decirle es que

yo no puedo verme mezclado en esto y con la Policía francesa, ¿comprendes? Una vez yo salga de aquí, usted les avisa cuando le parezca.

—Está bien —murmuró.

En aquellos instantes, cuando yo miraba de nuevo a Jean tratando grabarme el cuadro en la mente para cuando llegara el momento de devolver los golpes, se oyó, apagado, el zumbido de un motor de coche.

El rumor fue creciendo, hasta detenerse, según mis cálculos, frente a aquel edificio.

Miré a Michele. Ella no parecía notar nada.

La dejé en el estudio y me acerqué a la puerta de comunicación con la escalera; apliqué el oído.

Oí pasos. El corazón me había dicho que aquello iba por mí.

Muy bien. Regresé en busca de Michele, apagué la luz del estudio y corrí hacia la puerta. Empujé a Michele hacia la escalera oscura y yo salí detrás, dejando la puerta entornada. Sin ruidos.

Yo tenía aferrado un brazo de Michele y noté su nerviosismo. Empero, no hice el menor caso.

La empujé hacia el tramo de escaleras que conducían hacia la azotea del edificio. Y ambos quedamos pegados en el recodo, conteniendo la respiración.

A intervalos brillaba un finísimo cono de luz, por lo que deduje que quienes subían no tenían prisa y se orientaban con seguridad. Poco después veía dos siluetas muy oscuras frente a la puerta del estudio. Uno de aquellos hombres empujó la puerta y al ver que estaba abierta cuchicheó algo con el otro.

Se decidieron a entrar.

Michele seguía junto a mí totalmente inmóvil. Me dije que el olor a coñac podía llamar la atención de aquellos tipos.

Habían encendido la luz que se filtraba por debajo de la puerta. Miré a Michele y la vi tensa, con sus ojos fijos en aquella rendija de luz.

Luego ocurrió lo más extraño; algo que me dejó asombrado, y una vez más desconcertado; los dos tipos salían transportando el cadáver de Jean.

Lo cierto es que yo hubiera podido hacer algo. Por ejemplo, atrapar vivos a aquellos dos hombres, pero estaba seguro de que era perder el tiempo; no soltarían una sola palabra.

Por otra parte, imaginé que eran tipos que sabían aprovechar las oportunidades, y siendo dos tenían muchas probabilidades de cambiar la situación en cualquier momento y no me hacía gracia el

papel de prisionero de aquella gente. Mucho menos me hacía gracia el papel de muerto.

Les dejé en paz. Tampoco podía seguirles; no tenía medio alguno a mi alcance. Por tanto, me resigné a dejar las cosas como estaban por unas horas más.

Cuando oí que los tipos abrían la puerta de abajo me relajé un tanto. Luego se oyó el ruido del, motor del coche.

Total: el par de cosas que quería preguntar a Jean habían quedado sin respuesta. Me hubiera resultado muy útil conocer la descripción física de Donna Hull y, además, oír la opinión de Jean respecto a la presencia en París de Nadia Yokoiev.

Y nada.

Todo seguía igual.

Peor, puesto que varias cosas olían a falso. No me atrevía a opinar en serio sobre Donna Hull, pero...

Y sus amigos que me habían seguido hasta el hotel. ¿Desde Orly? Seguramente, claro. Pero entonces, ¿quién sabía que Jean era amigo mío?

¡Diablos! Empecé a necesitar un traguito de «bourbon». Y como Michele no bebía más que coñac, me dije que daba lo mismo.

—Podemos bajar ya —gruñí.

Nos metimos en el estudio y encendí la luz. Pensativo, me dirigí hacia el dormitorio, con Michele detrás de mí, como un fantasma. La chica debía estar pasándolo mal con todo aquello.

Me dio lástima y le dije:

—¿No tienes a nadie más, Michele?

—No —musitó.

—Te encontrarás muy sola ahora —suspiré.

Asintió con la cabeza.

—Está bien. Quizá pueda hacer algo por ti. En vista de lo ocurrido, no te molestes en llamar a la Policía. Y espera aquí hasta que yo vuelva a verte. ¿Comprendido?

—Pero... ¿no eran de la Policía esos hombres? —inquirió.

La miré con disimulada consideración.

—No, hija —gruñí.

—¿Y qué van a hacer con el cuerpo de Jean?

—Es más que probable que lo arrojen al Sena —respondí—. Pero no te preocupes. Jean ya no sufre; no sufrirá por eso.

Se mordió el labio inferior, pálido pero bastante bien dibujado, carnosos. Me pregunté qué habría habido exactamente entre Jean y Michele. Bien. ¿A mí qué diablos me importaba? Además, es fácil adivinar lo que ocurre entre un hombre y una mujer. Les había

unido la común desesperación ¿y qué?

Pensé que había llegado el momento del trago.

Encendí la luz del dormitorio y me colé en la habitación, como si anduviera por mi propia casa.

De súbito, mis ojos quedaron fijos en la mesita de noche.

¿Me estaba volviendo loco o qué?

Yo no estaba borracho ni tenía sueño. Sin embargo, allí, sobre la mesita de noche de Michele, lo único que había era una botella sin etiqueta, ya casi vacía. Miré rápidamente el resto de la habitación. Nada. Ni rastro de una botella de coñac sin descorchar.

Me volví, con el rostro inexpresivo. Michele me miraba, con la misma cara que poco antes.

Recordé su tensión cuando estábamos agazapados en el recodo de la escalera...

—Michele —dije—, sería interesante para mí saber si Jean tenía algún documento importante.

—Búsquelo.

Me lancé como un loco a la búsqueda de una botella de coñac sin descorchar.

Nada.

Ni en el estudio, ni en la pequeña cocina, ni en el armario... Nada. Y, en mi opinión, Michele, de ser verdad lo de la compra de la botella, debía estar vestida de calle; y la botella en cualquier sitio.

No imagino a nadie que entra en su casa, ve un muerto y se dedica, tranquilamente, a cambiarse de ropa, beberse la botella, arrojarla por la ventana y ponerse luego a llorar al cadáver.

Confieso que de no ser por la ausencia de la botella no hubiese sospechado de Michele. ¡Maldita sea, había ya demasiados sospechosos!

Y Michele, una más.

Empero, no dije ni media palabra. Nada. La astucia es a veces tan importante como la inteligencia real. Y yo poseo de todo un poco. Había que confiar a la individua. Pero... Era extraño; llevaba algunos años, dos o tres, no sé, viviendo con Jean. ¿Qué había ocurrido?

—¿Ha encontrado algo? —inquirió Michele, mirándome con sus ojos tristes, sin otra expresión.

—Nada, Michele. Sospecho que alguien ha cometido un gravísimo error eliminando a Jean.

—Yo no comprendo...

—Te lo explico inmediatamente —sonreí con frialdad—. A quien lo haya hecho le va a pesar, Michele. En estos momentos estoy

prescindiendo de mi trabajo. Piso terreno personal ¿sabes? Jean era uno de los mejores amigos que he tenido.

Inclinó la cabeza.

¡Maldita sea! Me disgustaban sus greñas en aquellos momentos y, mirándolo bien, de la cabellera de Michele se podía obtener un peinado estimable. Y maquillada podía pasar por otra. Y sin aquella mirada abesugada en sus ojos podía expresar incluso picardía. Lo único que no podía disimular era su delgadez; pero eso se remediaba bebiendo menos y comiendo más.

—¿Se marcha ya? —inquirió.

—Ya no hay muerto para velar —gruñí—. Descanso, Michele. Si prefiere esperarme en otro sitio, cualquier hotel...

—No, no. Me quedaré aquí —murmuró—. ¿Qué más da?

—Debes reaccionar, Michele.

—Sí... Procuraré hacerlo. Gracias.

—No te preocupes. Y recuerda: no te muevas de aquí, no digas nada a la Policía. Límitate a esperarme.

—Lo haré.

Le dije adiós y me largué de allí.

V

Que me largué de allí es un decir. Di la vuelta a la esquina y allí me quedé tan plantado como un poste de alumbrado. Una pobre idiota se me acercó sonriente de oreja a oreja con aires de vampiresa. No sé qué le dije, pero se largó de allí casi volando. Bueno, sí sé qué le dije, pero no me parece correcto transcribirlo.

El caso es que me apreté contra la esquina y sentí deseos de echarme a reír.

Aquella gente me estaban resultando unos aficionados.

Hice un cálculo: antes de diez minutos Michele estaba en la calle, muerta de miedo, y corriendo hacia un lugar cualquiera, pero interesante para mí.

Fueron ocho minutos.

Salí arrebujaada en un abrigo oscuro. Oí sus tacones calle arriba y distinguía sus greñas rubias.

Yo, detrás de ella. Tranquilo. París casi me parecía encantado en aquellos momentos.

Caminamos cosa de cien yardas. Luego quedé helado. Allí, muy cerca de mis narices, estaba parado un coche. Como si tal cosa, Michele se metió en el asiento delantero junto al conductor y unos segundos después el coche arrancaba, dejándome en tierra, en absoluta desolación e insultándome furiosamente. ¡Qué estúpido...!

Llegué rápido a la conclusión de que Michele debía ir con los tipos que se habían llevado el cadáver de Jean. Y estos, extrañados de la ausencia de Michele en el estudio, decidieron esperarla en la calle.

Y allí estaba yo, apretando los puños, con la vista fija en las luces piloto del coche, que desaparecieron en la primera esquina.

Y a Michele. ¿Qué ocurriría con Michele? Tres años o dos con Jean, y ahora salía con aquello.

Bien. Me serené pensando que no se había dicho la última palabra en aquel asunto. Michele no se había dado cuenta de que era seguida y regresaría al estudio. Eso era seguro.

Y había que contar también con la embustera Donna Hull.

Solté un suspiro y eché a andar.

Ni un mal taxi, y aquella noche me sentía cansado.

Estaba medio muerto de asco en mi habitación del hotel. Había pasado aquella mañana paseando por París. Lo clásico: Place de L'Etoile, Avenida de los Campos Elíseos hacia adelante, hasta la Plaza de la Concordia. Pasé el puente alcanzando la otra orilla del Sena. Luego, Quai D'Orsay, Quai Branly y cuando avisté la Torre Eiffel me di cuenta de que me estaba aburriendo.

Regresé al hotel, almorcé y subí a mi cuarto. Y allí estaba paseando, fumando, echando vistazos por la ventana. Había oscurecido ya, las seis de la tarde, y me deprimía el trozo de calle gris, húmeda por la insistente lluvia, que veía desde mi ventana.

Hubiese podido ir al estudio de Michele y apretarle las clavijas. Empero, me convenía más hacerme el tonto. Con astucia se puede obtener bastante.

Me interesaba, primero, ver de nuevo a Donna Hull y oírla. Luego me ocuparía de Michele.

Cuando estaba aplastando la colilla del sexto cigarrillo de aquella tarde en el cenicero, sonó el teléfono de mi cuarto.

Fruncí el ceño. Descolgué.

—Diga —rezongué.

—¿Míster Cordes?

—Sí. ¿Quién habla?

—Donna Hull.

La voz era de hombre; una voz de bajo, algo ronca.

Quedé mirando el micro sin saber qué decir.

—¿Me oye, Cordes?

—Por supuesto —gruñí—. Hable.

—Nos conoceremos a bordo del «Bateaux-mouche» que parte a las siete —dijo—. Usted sabe que es importante.

—¿Cómo le reconoceré? —inquirí.

—No se preocupe. Yo le conozco a usted.

—¡Vaya...!

—No se asombre tanto, Cordes. En realidad no soy el único que sabe en qué hotel se aloja.

—¿Se está refiriendo a que anoche una mujer se me presentó como Donna Hull?

—Sabía que una mujer le tenía localizado. Lo que no suponía es que hubiese adoptado mi identidad —respondió el tipo.

—¿Y no puede ser al revés, o sea que usted haya adoptado la identidad de ella? Donna es nombre de mujer.

—Estamos perdiendo el tiempo. Cordes. Nos veremos a las siete de la tarde.

Y colgó.

Yo lo hice también, despacio, pensando en aquella insólita llamada. Podía ser una trampa, o podía ser que aquel hombre dijera la verdad. Naturalmente, me convenía acudir a la cita. De ser verdad lo que había dicho el tipo la entrevista sería sustanciosa. De ser una trampa...

Ya estaba en marcha. Me puse el abrigo, comprobé la carga de mi automática y salí a la calle.

Un taxi me condujo a la plaza de la Concordia. Paseé por las Tullerías haciendo tiempo y de paso tratando de captar algún posible seguidor. Nada. No vi nada.

Luego, mojándome ligeramente con la fina lluvia, me encaminé hacia rue Solférino, que desemboca en el puente del mismo nombre, donde radica el embarcadero de los «bateauxmouches». Faltaban pocos minutos para que el barco que partía a las siete saliera.

Tomé mi pasaje y salté a bordo. Naturalmente, en invierno solo pasean por el Sena en aquellas embarcaciones los ansiosos. Los que llegan por primera vez a París y creen que deben verlo todo en unas horas o realmente andan escasos de tiempo.

Claro está que el paseo es interesante. Desde el puente de Solferino aquellas embarcaciones llegan hasta las Islas de Longchamp. De regreso rodean las islas de San Luis y de la Cité, en un recorrido lleno de color. Es atravesar París y ver lo más interesante de la ciudad.

Aquella noche poca gente parecía dispuesta a soportar el frío húmedo del Sena.

Se veían a ambas orillas del río las luces de la ciudad, las cúpulas de sus edificios; la vegetación de la orilla izquierda.

El agua reflejaba las luces; agua mansa, sucia, revuelta por la lluvia.

Yo caminé por cubierta dirigiéndome hacia proa, donde una toldilla resguardaba de la lluvia. Me senté en uno de los bancos laterales de madera y encendí un cigarrillo. Empecé a examinar a mis compañeros de viaje. Un par de mujeres muy habladoras, dos tipos que las acompañaban, un muchacho con cara de intelectual y dos o tres tipos más a quienes no veía la cara, puesto que estaban mirando en otra dirección.

A las siete en punto el barco partió con alegre ruido de sirena, dejando atrás una espumeante estela.

Y cuando empezaba a sospechar que la cosa no iba bien, un tipo se sentó junto a mí, mientras aquellas mujeres y sus acompañantes y los demás solo se preocupaban de contemplar las luces que de

noche bordean el Sena.

Metí en el bolsillo un sobre que me había entregado disimuladamente y al que eché un ligero vistazo.

—¿Qué es? —gruñí.

—El informe de Perronet.

¡Diablos! Le miré de reojo.

—¿Así de fácil? —inquirí.

—No ha sido fácil. ¿O sigue desconfiando de mí por el hecho de que me presento con nombre de mujer? Supongo que usted sabe que hay espías a los que se le llama X-23, por ejemplo.

—Eso es cierto. Supongo que tendrá bastantes cosas que contarme —dije.

Miró hacia los demás pasajeros. Nadie nos hacía el menor caso. Además, estábamos hablando en voz baja.

—Tal vez.

—¿Qué contiene el sobre?

—No lo sé exactamente. De todos modos, supongo que se trata de algo relativo a Berlín. Puede tratarse del texto de un discurso secreto de Krustchev con respecto a Berlín. Al parecer, se acompaña una fotografía de las personalidades que acompañaban a Krustchev cuando pronunció ese discurso. Es probable que la sorpresa o la mayor importancia del informe radique en la fotografía.

—Comprendo. Podemos descubrir algo interesante. Por ejemplo, la personalidad de un traidor.

—Podría ser.

—Bien... Todo esto es muy ambiguo... ¿Cómo debo llamarle? —inquirí un poco desconcertado.

—Donna Hull —dijo sonriendo.

No dejaba de tener ironía. Aquel legítimo Donna Hull se parecía muy poco a la mujer que se presentó con tal nombre en mi habitación. El tipo tendría unos cincuenta años; parecía fuerte, duro; vestía con discreta elegancia y tenía el cabello gris, muy planchado hacia atrás.

Yo dije:

—De acuerdo, Hull. Repito que todo es muy ambiguo.

—Se lo anticipé, ¿no?

—Sí, pero este informe hubiese podido ser enviado normalmente a Washington y solo recibimos una hoja en blanco. Me gustaría una explicación al respecto.

—La hoja en blanco la envié yo.

—Ah... ¿Por qué motivo?

—Sabía que Perronet corría peligro y se me ocurrió ese medio

para poner sobre aviso al FBI respecto a lo que podía ocurrir.

—Pudo mandar el sobre —dije.

—No lo tenía aún.

Medité unos segundos.

—Será mejor que empiece por el principio —gruñí—. Compréndalo. No me gustaría ser sorprendido. Hace unos días se recibió en Washington un mensaje de Perronet anunciando informes. Luego llega el segundo mensaje: la hoja en blanco. Siga usted, Hull.

—Yo partiré desde el día en que Perronet envió el primero de esos mensajes que usted ha citado —dijo el tipo—. En realidad, a ustedes debió extrañarles que Perronet anunciase un envío de importante información; es contra las normas y contra la seguridad personal. Supongo que lo hizo porque veía el peligro muy cerca y...

—¿Cuál era el peligro? —interrumpí.

—Basili Gousarov, Pável Voronine y Nadia Yokoiev —respondió.

—¿Nadie más?

—Nunca se sabe. Es posible que sí.

—Por lo menos, otra mujer —gruñí yo—. Una mujer llamada Michele. ¿Sabe algo de ella?

—No.

—Está bien. Siga.

—Perronet y yo enlazábamos en París para mayor seguridad de ambos. Yo adopté el nombre de Donna Hull, como hubiese podido adoptar el de Marlene Dietrich; se trataba de mi seguridad y de la de Perronet. Hemos trabajado juntos bastante tiempo e imagino que alguien se habrá vuelto loco buscando a la mujer relacionada con Perronet.

Yo recordé lo que me había dicho Jean: no se les había visto juntos ni en el Teatro de la Ópera, ni en el Sena, ni en el Bosque de Boulogne. Naturalmente que no, diablos. Imaginé además, que no se les había visto juntos en ningún sitio, y que si bien se había filtrado el nombre de Donna Hull, tal nombre estaba engañando a extraños y a propios; al menos me había engañado a mí. Por lo visto Perronet y aquel tipo habían sabido hacer las cosas, lo cual, de rechazo, significaba que los otros tampoco las hacían mal. Los resultados estaban bien claros; pese a la inteligencia medida de Perronet y el otro, Perronet estaba listo. En cuanto a «Donna Hull» parecía acorralado.

—¿Cómo descubrieron a Perronet? —inquirí.

—No debió ser cosa de un día —respondió—. Es fácil de comprender eso. Y ojalá supiera cómo le descubrieron.

—No lo sabe... —murmuré.

—Ni creo que el mismo Perronet pudiera responder a eso —me respondió rápido.

—¿Cree que esto puede deberse al desenmascaramiento de nuestro agente en la R. D. A.? —inquirí, recordando la sugerencia de Jean.

Se echó a reír silenciosamente.

—No es posible —dijo.

—¿Por qué está tan seguro? —inquirí.

—Porque lo estoy. No compliquemos las cosas, Cordes. Lo único que han descubierto los de la N. K. V. D. ha sido a Perronet y a un enlace que se hace llamar Donna Hull. Siguen engañados por ese nombre y no pueden saber demasiado. De todos modos tuvieron suerte al acabar con Perronet.

—¿Quién le mató?

—Fueron ellos, claro está. Naturalmente no encontraron el sobre, que llegó a mis manos la misma noche en que mataron a Perronet. Al recibir yo el sobre sospeché que algo había ocurrido con Perronet. Investigué prudentemente y, sí, Perronet estaba muerto en su almacén de ropas de confección. Para entonces, unas horas antes, yo ya había enviado la hoja en blanco y decidí ocultarme en espera de la llegada del hombre del F. B. I., usted. En Orly le descubrí y he esperado el momento oportuno para entregarle el informe. Ahora voy a darle un consejo: regrese inmediatamente a Washington. Se trata de su propia seguridad, Cordes. Usted ya sabe que está localizado, puesto que una mujer estuvo en su hotel fingiendo ser Donna Hull. Por otra parte, tan pronto yo sepa que usted ha partido sin novedad podré ocultarme con toda tranquilidad hasta que remita la marea. Se trata, pues, de ambos.

Palpé el sobre que llevaba en el bolsillo del abrigo.

Todo estaba bien. Me pareció que, en efecto, lo mejor era hacer caso de aquel tipo. Evidentemente sabía cuidar de sí mismo y era inteligente y cauto. Por tanto, su consejo no podía ser desacertado.

Y yo ya tenía los informes. Mi misión, prácticamente, había terminado allí. Regresaría a Washington y en mi explicación a la superioridad indicaría que lo único que yo había hecho en París había sido ir de un lado para otro como un imbécil, hasta que Donna Hull se compadeció de mí y me ofreció el asunto en bandeja.

Eso era humillante. Pero cierto; no había hecho más que moverme como un estúpido, dejando que la gente muriese delante de mis narices, como Jean, o se largaran ante mis ojos, como

Michele, y se burlaran de mí, como la tal que se hacía pasar por Donna Hull.

¿Quién sería aquella mujer? ¿Nadia Yokoiev?

¿Qué diablos pretendía diciéndome que me entregaría el informe a cambio de su entrada en Estados Unidos?

Aquella mujer ni parecía ni tonta ni lista. Quizá una aprovechada, pero...

Muy bien; habría tiempo de sacar conclusiones.

Eché un vistazo y me di cuenta de que ya estábamos rodeando la isla de la Cité, lo cual significaba que el viaje estaba a punto de concluir. Inquirí:

—¿Cuál es su precio?

Aquella vez me miró fijamente. Tenía unos ojos muy brillantes, pero no pude descubrir el tono de sus pupilas. Respondió:

—Usted no se preocupe por eso. Yo recibo mi asignación, como la recibía Perronet. Solo se trata, repito, de que usted desaparezca de París, que es lo mismo que pienso hacer yo. Los rusos se cansarán de buscarnos... y usted dejará de ser un cebo. Sepa que ellos le tienen localizado y que esperan, por su mediación, dar conmigo. Supongo que no me discutirá eso.

Fruncí el ceño.

Tenía la impresión de que yo había hecho el papel de imbécil número uno en aquel asunto.

Y Donna Hull tenía razón.

—No discuto nada —gruñí—. Pero usted hubiese podido hacer las cosas de otra manera. Yo no hubiese tenido necesidad de desplazarme y usted hubiese podido ocultarse donde le diera la gana.

Me miró, sonriendo vagamente.

—Usted no lo entiende —dijo—. Se trata de mi seguridad futura. Usted ha demostrado ignorar, ante aquella mujer, que Donna Hull es un hombre Y si usted lo ignora, ellos también, y en lo sucesivo seguirán buscando a una mujer. Usted ha sido una especie de pantalla para mí, Cordes.

Magnífico. Lo que yo digo: me estaban manejando, lo cual no me gusta; me hiere, me humilla, ¡qué diablos!

Pero pensando serenamente comprendí que el tipo tenía razón. Y pasé a otro asunto que me obsesionaba.

—¿Conoce a Nadia Yokoiev? —inquirí.

—Solo de nombre.

—Ya —gruñí decepcionado—. He pensado que podía tratarse también de un hombre. Hace cinco ¿Puede ser el mismo?

—No digo que no.

Nuestro oficio es así: ni se dice que sí ni se años un tipo llamado Kokoiev actuó en París, dice que no. Solo se puede asegurar lo que se ha visto.

Y lo que yo estaba viendo en aquellos momentos era el puente de Solferino, lo cual indicaba que habíamos llegado al final del viaje.

VI

Los deseamos mutuamente suerte, y tan pronto saltamos al embarcadero, Donna Hull desapareció de mi vista. Yo, con el sobre en el bolsillo, no tenía gran prisa. Iría al hotel, recogería mis cosas y cambiaría de aires. Me trasladaría a otro cualquiera, en espera de tomar el primer avión de la mañana.

De todos modos no me sentía feliz en absoluto. Estaba inquieto, nervioso, descontento de mí mismo. ¿Qué diablos había hecho yo? Nada. Absolutamente nada.

Pensé en el sobre; de él brotaba la figura patética de Jean Chaptale pidiendo venganza, y Marcel Perronet. Luego salían las figuras de la mujer que se hacía pasar por Donna Hull y la de Michele...

Todo en mi imaginación, claro. Suficiente para inquietarme.

Y yo era la causa de que hubiese muerto Jean.

Me metí en el jardín de las Tullerías para salir a rue Rivoli, con lo cual cortaba camino; me mojaba, pero me gustaba ver brillar las hojas de los árboles y pisar la grava mojada de los senderos.

Vi las luces del edificio de la Orangerie... y, de súbito, otras muchas luces: había recibido un golpe en la cabeza.

Recuerdo que caí de rodillas y vi unas piernas junto a mí. Adiviné qué iba a ocurrir y traté de esquivar un nuevo golpe. En aquellos momentos me iba la vida: si no reaccionaba era hombre muerto.

Desesperadamente alcé el brazo y conseguí detener a medias un bestial culatazo; empero, noté un ardiente roce en la sien; se me saltaron las lágrimas; no veía nada...

Luego me golpearon en la nuca.

Perdí el conocimiento y caí de bruces. Debió ser así, porque con enorme sorpresa desperté besando la arena mojada del sendero.

La sorpresa había sido el despertar, claro. Aunque, la verdad, no estaba muy seguro de estar vivo, puesto que me dolían horriblemente los puntos golpeados; además, tenía la impresión de que París era pequeño para contener mi cabeza.

Pero, sí, estaba vivo. Si sentía el dolor era que vivía.

Extraño... No me habían matado, lo cual tiene muy poco sentido. Muy poco. Por el momento desistí de pensar en ello, ya que no estaba lo suficientemente despejado.

Me incorporé lentamente sin realizar movimientos bruscos.

Nadie pasaba por allí, nadie había visto nada. Lógico; llovía, hacía frío, y solo a un tipo como yo se le ocurre atravesar las Tullerías para cortar camino.

Ya en pie suspiré y con miedo palpé el bolsillo en el que había depositado el sobre con los documentos que me había entregado «Donna Hull». ¡Diablos! ¿Qué habría de él?

¡Qué estupidez...!

Eché a andar. Pensé que no había por qué desesperarse aún. Recordé a aquella mujer y a Michele. Podía haber sorpresas aún.

Encendí un cigarrillo y fumé ansiosamente, apretando el paso. De momento me convenía llegar al hotel, despejarme un poco y ya decidiría algo.

Ya en rue Rivoli fue fácil encontrar un taxi.

* * *

Me sentí mejor con un prudente trago de «bourbon» y después de cambiarme de ropas; me dolía aún la cabeza, pero me notaba despejado y listo para empezar a hacer algo, por lo menos pensar algo.

En cierto modo me alegraba de aquel incidente. Eso de largarme tranquilamente con el sobre no me convenía a mí mismo. En cambio, me daban una oportunidad de luchar, de ahogar mis remordimientos por haber sido en parte culpable de la muerte de Jean.

Y conste que aunque no soy cobarde, tampoco soy temerario. Conozco además la justa medida de mi responsabilidad, ya que de otro modo no sería inspector del F. B. I., especialista en asuntos extranjeros.

Digo esto para justificar mi deseo de lanzarme a la lucha. Ya constituía una obligación.

Di unas vueltas por mi cuarto fumando.

¿Me habían seguido a mí? ¿Habían seguido al hombre llamado Donna Hull? Era más que probable que hubiese sido a mí; debieron verme embarcar y esperaron tranquilamente el regreso de la embarcación que realiza itinerarios fijos en tiempo fijo. Luego debieron alegrarse al ver que me metía en solitario por el parque...

Por lo visto «Donna Hull» había tenido razón: yo estaba plenamente localizado.

Oía el rumor de la lluvia desde mi cuarto y me pareció en aquellos momentos que París era una gran trampa para mí.

Tonterías. ¿Por qué no me habrían matado?

Cuando empezaban a aumentar el dolor de cabeza llamaron a la puerta de mi habitación.

Palpé mi «Luger» y me dirigí hacia la puerta. Abrí.

Dejé paso a aquella mujer y cerré la puerta. Ella, sin dejarme decir nada, se pegó a mí y me besó largamente en los labios.

Yo rodeé su cuerpo con mis brazos, devolviéndole el beso, pero pensando en otra cosa, ya que lo primero que había notado era que el abrigo de piel barata de aquella mujer estaba completamente seco. Ella no notó mi leve crispación y seguía besándome como si yo fuese el único hombre sobre la tierra.

Me sentí un poco débil en aquellos momentos y aproveché las circunstancias. Aquella mujer valía la pena. Lástima que... Tampoco vi una sola gota de agua en su brillante cabellera oscura ni había dejado huella alguna con los pies, calzados con zapatos de alto tacón, sin humedad alguna.

Por fin, cuando pareció calmada, me miró fijamente, algo separada de mí. Sonrió de un modo enigmático, prometedor.

—¿No me esperabas? —inquirió, por decir algo.

—Sí —gruñí—. Convinimos eso.

—Ya. ¿Nunca olvidas que estás trabajando?

—Si alguna vez lo he olvidado, luego he tenido que lamentarlo —respondí.

Sonrió otra vez y dijo:

—Ayúdame.

Se estaba quitando el abrigo. La ayudé, comprobando una vez más que no se había mojado en absoluto. Luego dejé el abrigo sobre la cama, junto a su bolso negro.

Ella, después de los besos, parecía algo cohibida, como avergonzada por no haber resistido aquellos impulsos. Y estaba hermosa aquella noche. Hermosa y brillante.

—¿Y bien? —inquirí—. ¿Qué hay del informe? Quedamos en que tratarías de encontrarlo por tus medios.

Yo, naturalmente, fingía. Esperaba ver cómo pretendía salir de aquella situación la hermosa morena.

Empezó a actuar. Se estrujaba las manos y dio unos pasos por la habitación. Caminaba de un modo que un tipo que hubiese estado un tiempo sin ver a una mujer se hubiera abalanzado sobre ella como un loco. Yo me limitaba a ocultar una sonrisa. Me gustaba la chica, no voy a negarlo, pero... El pero, ya se sabe.

De pronto, casi sorprendiéndome, se volvió hacia mí, me miró fijamente y dijo:

—Tengo el informe.

—¿Sí? De acuerdo. Veamos de qué se trata —respondí tranquilo.

—Siéntate, Quenton —dijo.

Me senté y ella lo hizo frente a mí, cruzando sus bonitas piernas, las cuales eran para mí algo así como cierta manzana... Bien. Yo estaba dispuesto por el momento a seguirle el juego.

Empezó:

—En 1954 los agentes de Estados Unidos descubrieron una central telefónica en las afueras de Berlín. ¿Recuerdas algo de eso?

—Sí —respondí sonriendo.

—Se trataba de algo gigantesco: 432 terminales con las que se podían atender simultáneamente el mismo número de llamadas telefónicas. Bien. Sabrás también que los americanos instalaron derivaciones en dichas terminales, con lo cual se consiguieron miles de informes más completos, más fidedignos, que los mensajes emitidos por nuestros agentes, muchos de los cuales dejaron de correr riesgos. En cuanto a los mensajes que interceptábamos, nos eran muy útiles por su veracidad...

—Sé todo eso, Donna —interrumpí sin dejar mi sonrisa.

Ahora sonreía por lo que ella había dicho de «nuestros» agentes.

—¿Sabes cómo terminó el asunto de las centrales telefónicas?

—Por supuesto. En cuanto los rusos descubrieron nuestras relaciones dejaron de utilizar la central. Recuerdo que nuestra jugada les pareció asombrosa. Se sabe también que el túnel fue desmantelado y mostrado a los turistas como una atracción. Todo el mundo se creía obligado a mostrar asombro. Fue una gran labor, ¿no?

—Lo fue. Ahora bien; tú has dicho que el túnel fue desmantelado y ahora es una atracción turística.

—Sí.

—Pues no es así.

—¿No?

Me miró fijamente.

—No pareces muy sorprendido —murmuró.

Me acerqué a ella y dije:

—Quizá eso no me interese demasiado.

—Quenton... Te estoy hablando de algo que me ha costado mucho obtener —musitó, como dolida por mi actitud—. Y... se trata de mí. ¿No lo comprendes? A cambio de mi información quiero tu promesa de que podré entrar en Estados Unidos. Yo... Tengo miedo, lo sabes.

Rodeé sus hombros con mi brazo izquierdo. De veras: uno lo hubiera enviado todo al diablo teniendo tan cerca aquella mujer.

Bueno, uno que no tuviese cuarenta y un años ni fuese inspector del F. B. I. y empezase a tener la impresión de que lo que aquella mujer quería era mi piel.

Pero... ¿por qué no me habían matado antes?

Ella volvió el rostro hacia mí y me besó otra vez. La chica era incansable.

—Sigue con tu historia, Donna —gruñí yo.

—Bien... —se humedeció los labios que ya no presentaban la menor huella de «rouge»—; decíamos que, en efecto, la labor americana fue muy buena y que durante varios años el túnel ha sido una atracción turística.

—¿Qué ha ocurrido ahora? —inquirí.

—Aprovechando la confianza y el olvido del túnel por parte de los americanos, los rusos están devolviendo la jugada, han instalado nuevamente la central con el mismo número de terminales; vuelven a funcionar 432 líneas simultáneas.

Me hizo dudar.

Era mentira, claro, pero me hizo dudar. Y pensé que nadie capaz de urdir una mentira como aquella es un estúpido. Claro que podía ser que no la hubiese inventado ella sola.

Me incorporé y paseé por la habitación fingiendo cavilar sobre lo que ella me había explicado. Lo que realmente hacía era buscar una explicación al hecho de que el abrigo no estuviera mojado; ni una sola gota de agua en su cabeza; sus pies, su calzado, completamente seco.

¿Por qué?

Uno está acostumbrado a pensar en estas cosas y una idea empieza a ligar con otra y se llega a alguna conclusión. Yo había llegado a una: aquella mujer no estaba en mi cuarto proveniente de la calle.

¿Entonces?

—¿No dices nada? —inquirió ante mi silencio.

—Donna... ¿cómo puedo saber que ese informe no es falso? —inquirí.

Me dejó estupefacto. Ella, sonriendo, alargó la mano y tomó el bolso. De su interior extrajo el mismo sobre que a mí me habían robado en las Tullerías. Lo tomé, notando que mi rostro palidecía. Yo no había podido ver muy bien el sobre cuando me lo dio aquel tipo, pero me pareció el mismo; el color, un azul pálido; luego, el peso, el tamaño; se tocaba lo mismo...

Lo abrí. Había un documento con cifras y la fotografía del túnel, de su emplazamiento interior.

Aquello no era nada ni decía nada. La fotografía era reciente, pero podía ser muy bien una copia de las realizadas diez años antes.

¿Qué pretendía ella con todo aquello?

Entrar en Estados Unidos. Tenía miedo y quería ser libre en Estados Unidos.

Pero el informe no valía nada, puesto que era mentira. Además, no se parecía en absoluto a lo que creía «Donna Hull» que había conseguido Perronet.

Bien... Seguí adelante.

—¿Cómo lo has obtenido? —inquirí, mirándola con fijeza.

—Ya te dije que tengo amigos —murmuró.

Me eché a reír.

—¿Amigos que me roban el sobre a mí para entregártelo a ti luego? Deben ser muy buenos amigos, pequeña. Fíjate: te hacen un gran favor. Ellos lo recuperan para que tú me lo entregues a mí y te beneficies de ello. Yo ahora tengo que devolverte el favor, ¿eh? En cambio, si a mí no me hubiesen quitado el sobre no te debería nada y no tendría por qué mantener mi promesa de llevarte a Estados Unidos. Unos amigos muy altruistas, sí. Muy altruistas. ¿Quiénes son?

Mi última pregunta sonó seca, dura. Me había plantado ante aquella mujer mirándola fijamente.

Ella parecía aturdida; tenía los ojos muy abiertos.

—¿Quiénes son? —insistí—. Suponte que no sean todo lo amigos que tú crees y te hayan engañado. ¿No comprendes que todo esto es muy oscuro? Tus amigos... los amigos de Perronet... ¿Tú crees que la seguridad de los Estados Unidos se puede basar en algo tan simple, de tan poca consistencia?

No sabía qué decir. Parecía tener miedo, estar acorralada.

De súbito se incorporó; me pareció que estaba a punto de echarse a llorar.

Dijo:

—Yo... yo no soy Donna Hull.

—Ah... ¿De veras? —inquirí irónico.

Parpadeó.

—Tú... tú lo sabías... —musitó.

—¡Claro que lo sabía! —estallé furioso—. Donna Hull es un hombre; me llamó esta tarde por teléfono y concertamos una cita. Me entregó el sobre. Luego resulta que tus amigos me lo roban para que tú lo recuperes y puedas largarte de aquí Estúpido. Absurdo. ¿Quién diablos eres tú? ¿Cómo consiguieron saber tus amigos que yo tenía una cita concertada con el enlace en el Sena? Responde a

eso.

—Yo me llamo Marie Vignet... —murmuró—. Y... —se interrumpió, mordiéndose los labios.

—Sigue —ordenó secamente.

—Yo... ellos... Quiero decir que... Bien: tenemos un amplificador muy potente instalado en tu cuarto de aseo. Por eso oí la conversación, lo que tú hablabas esta tarde por teléfono y lo de la cita en el puente de Solferino. Avisé a mis amigos para... Lo has adivinado: si el sobre lo conseguías por tus medios yo no tendría ningún interés para ti.

La miré con ira; la miré con ira a ella por no darme de bofetadas a mí mismo.

—¿Te alojas en este hotel?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por qué vigilarme a mí? —inquirí.

—Tú servías de cebo. Yo sabía que «Donna Hull» procuraría ponerse en contacto contigo; bastaba seguirte, arrebatarte los informes y luego entregártelos yo. Pero eres más inteligente de lo que suponía.

—Gracias —gruñí mordaz, maldita sea—. Ahora dime qué pintas en este maldito lío.

—Yo no soy Donna Hull, es cierto; pero sí lo es que había trabajado algunas veces para Perronet. De ahí la confusión de los agentes del N. K. V. D. Ellos me buscan a mí, ¿comprendes? Por eso tengo miedo, por eso quiero irme de aquí y por eso he realizado la farsa del sobre.

Cerré los ojos un instante.

Me pareció que decía la verdad. Lo de que tenía miedo se notaba desde Estambul. Y sus mentiras, sus torpes explicaciones, su incapacidad para la profesión...

—¿No me crees, Quenton? —inquirió.

La miré de soslayo.

—Aclárame lo de tus amigos —gruñí.

—Ellos no tienen nada que ver con esto —explicó—. Son viejos amigos y les pedí un par de favores. Ni siquiera saben lo que han tenido entre manos ni quién eres tú.

Resoplé. Bonita manera de jugar con aquella clase de asuntos. Y la chica, pese a todo, no era tonta... ¡Instalar un amplificador en mi cuarto! Naturalmente que no estaba mojado su abrigo, ni su cabello ni nada. Ni siquiera había salido a la calle. Lo había oído todo lo que hablaba yo desde su habitación. Luego llamó por teléfono a sus amigos, estos me robaron el sobre y listo. Luego se presenta tan

tranquila...

Bueno. Al menos se había sincerado. Y me dio lástima en aquellos momentos. ¿Qué diablos iba a hacer con ella? Tal vez accediera a sus deseos, tal vez...

—¿Qué piensas hacer, Quenton? —me preguntó.

Me miraba con sus ojos insondables; estaba nerviosa. Seguía estando a punto de echarse a llorar.

—¡Yo qué sé! —mascullé.

—Quenton... corremos peligro en París. Tienes ya el informe. Sí... si no quieres llevarme contigo, al menos vete tú. Ya nada tienes que hacer aquí.

Era cierto. Y la chica parecía conformarse. Me miraba como un perrillo que espera una caricia. Y era bonita... ¡Malditas mujeres!

—¿Has oído nombrar a una tal Michele? —inquirí de pronto.

—¿Michele?... No... ¿Quién es?

—No sé. Podría ser Nadia Yokoiev.

—Quenton... no te metas en líos.

—Déjame en paz —gruñí—. Oye: vas a quedarte aquí O en tu habitación, lo mismo da. Yo tengo algo que hacer esta noche. Si regreso, pediré inmediatamente dos pasajes para el primer avión que salga mañana hacia Nueva York. ¿Comprendido?

Me miró rápidamente.

—Eso significa que...

—Bah.

No pude desprenderme de ella; me estaba agradeciendo lo de su entrada en Estados Unidos. ¡Y cómo lo agradecía! Sus labios... ¡qué labios! Y lloraba, me mojaba el rostro; se apretaba contra mí...

—Bueno, hasta luego —gruñí, separándola de mí.

—Quenton... no seas tonto —musitó, envolviéndome de nuevo—. No vayas a ningún sitio. Deja en paz a esa tal Michele... Podrían matarte y... y aquí esta noche nosotros...

Sentí un hormigueo en la columna vertebral: la perspectiva era realmente muy buena, pero Marie Vignet no sabía qué estaba pensando yo.

—Tendremos tiempo —dije.

—¿Y si no regresas?

—No te preocupes —dije con una fría sonrisa Y me largué, dejándola en mi habitación.

VII

COMO la noche anterior, me apeé de un taxi en Place Blanche. El espectáculo era el mismo... pero las cosas iban a ocurrir de distinta manera.

Ahora, en mi opinión, la situación estaba dominada por mí. No es que sea ninguna lumbrera, ni he ganado el premio Nobel de espionaje ni lo hubiese ganado de existir. Pero tampoco soy tonto. De eso, nada. Y me gusta hacerlo constar así; me gusta demostrarlo.

Eché a andar por rue Lepic, luego Avenue Junot hasta Calaincourt.

Iba con las manos en el bolsillo, muy pegado a la acera para mojarme lo menos posible. Aquella noche la diversión se desarrollaba en el interior de los locales. Aparte del gris, no existía ninguna otra nota de color en las calles. Algunas luces que se reflejaban en las calzadas y eso era todo.

Yo oía mis propias pisadas.

Pero estaba muy lejos de todo aquello. Mi cerebro funcionaba a gran presión.

Ya lo he dicho: de tonto, nada.

Podían ocurrir dos cosas aquella noche. Primera: Que Michele no supiere que yo lo había descubierto y me esperase en el estudio como si nada hubiera ocurrido. Segunda: Que Michele oliese el asunto y se hubiera largado. En este último caso alguien lo iba a sentir. Alguien que se llamaba Marie Vignet.

Pero no quiero precipitar los acontecimientos. Ya estaba frente al portal correspondiente al estudio de Michele y me metí en él, centrando toda mi atención en lo que iba a hacer allí.

Subí y llamé a la puerta. Encendí un cigarrillo mientras esperaba.

Oí pasos. ¡Vaya!... Marie tenía suerte en determinado aspecto.

Se abrió la puerta y apareció el rostro triste y pálido de Michele, tan carente de expresión como en las ocasiones anteriores en que la había visto. Aquella vez esbozó una tenue sonrisa.

—¿Puedo entrar, Michele? —inquirí.

Asintió con la cabeza, me hizo paso y cerró la puerta.

Fuimos al estudio; allí había una botella de coñac; aquella vez, sí. De marca, mediada. Y Michele estaba pintando un cuadro. Me entretuve unos instantes tratando de captar el significado de

aquellas rayas mal trazadas que manchaban la tela Inútil. Lo que yo quería, de todos modos, era confiar a Michele para sorprenderla de súbito.

Así, cuando giré hacia ella, pregunté:

—¿Dónde arrojasteis el cuerpo de Jean?

Su palidez se convirtió en una lividez terrosa. Empero, ni respingó ni alteró su triste expresión.

Inclinó la cabeza y musitó:

—¿Lo sabía?

—Lo supe anoche, cuando descubrí que habías mentido.

Me miró interrogante.

—En lo de la botella de coñac —gruñí. Y le expliqué lo que hice luego y que la vi meterse en el coche.

Se sentó, tranquila. Quizá algo no iba bien porque las pupilas de Michele se habían animado un tanto, como si sintiera cierto placer; algo que debía ser muy íntimo.

—¿Quién mató a Jean? —inquirí.

—Ella... Fue ella.

—¿Quién es ella? —inquirí.

—Nadia Yokoiev.

Respiré hondo. Ya dije que la situación empezaba a notarla en mis manos. La siguiente pregunta fue:

—¿Cómo es Nadia Yokoiev? Descríbemela.

—Muy hermosa: cabellera negra, ondulada; rostro ovalado, grandes ojos negros. Una mujer por la que cualquier hombre cometería un disparate.

Reí silenciosamente. Mi querida Nadia Yokoiev, alias Donna Hull, alias Marie Vignet. Había tropezado conmigo; mala suerte. De todos modos había que reconocerle una inteligencia fuera de serie y unas grandes dotes de actriz. Sabía hacerse la infeliz, la apasionada, la idiota... Yo ya imaginaba por qué había preparado toda aquella farsa. Muy lista, sí.

—¿Cómo ocurrió, Michele? —inquirí.

—Poco después de irse usted llegó ella. Le abrí yo la puerta y me asusté, puesto que nunca vino al estudio y mucho menos sabiendo que estaba Jean. Nadia no dijo nada; yo la presenté como a una amiga a Jean y fui a buscar algo de beber al cuarto. Fue cuando sonó el disparo. Encontré muerto a Jean.

—¿Por qué le mató?

—Supongo que consideró a Jean un peligro y... Vacilaba. La insté a hablar.

—Vamos, vamos, Michele, sigue.

—Sí... ¿Usted sabía que fue Yokoiev quien...?

—Sí; quien le clavó el cuchillo en la espalda. ¿Y qué?

—Nadia es su hija.

—¿Y bien?

—Pues... Jean mató a Yokoiev, aunque no lo supo nunca. En la lucha resultó muerto Yokoiev e inutilizado Jean. Nadia llegó a París y, entre otras cosas, quería vengarse de Jean. Le pareció que aquella era una buena oportunidad.

¡Pobre Jean!

Y sentí un escalofrío pensando en la frialdad empleada por Nadia para matar a Jean. Y recordé que Perronet también había muerto de un disparo en la nuca.

—¿Fue Nadia quien mató a Perronet? —inquirí.

—Sí —murmuro Michele.

Inclinó la cabeza de nuevo, mostrándome sus greñas de la coronilla. Yo la miraba bastante asombrado por la serenidad que aparentaba. Para ser justos, creo que no solo la aparentaba, sino que la sentía.

—¿Qué más sabes, Michele? —inquirí, después de encender otro cigarrillo y ofrecerle a la mujer.

Pese a todo, Michele tenía algo sorprendente, algo agradable. Allí estaba frente a un enemigo que la había descubierto y no se inmutaba, no trataba de hacer nada. Contestaba sin resistencia alguna, sin mentir... Michele era... femenina. Pese a todo lo era.

Me miró con sus ojos, de un azul pálido.

—Nadia descubrió a Perronet. Vino a París y organizó el grupo para ese fin y lo consiguió. De todos modos...

—¿Nadia es jefe del grupo? —inquirí.

—Sí. Ella. Pável Voronine, Basili Gousarov y yo llegamos a París casi al mismo tiempo; ella organizó el grupo. Iba a decir que ha matado a Perronet, pero Donna Hull seguirá trabajando...

Me miró, interrumpiéndose. Yo me mordía el labio inferior. Noté, de pronto, que estaba sudando a chorro. Nadia, al sorprender mi conversación por teléfono, supo la verdad. Y del mismo modo que alguien me dejó fuera de combate a mí pudieron hacerlo con aquel hombre que se hacía llamar Donna Hull, pero era de temer que a este le hubiesen puesto definitivamente fuera de combate.

¿Y por qué a mí no? Ya lo sabía. Nadia había fraguado un plan inteligente.

—Me temo que Donna Hull haya pasado a la historia —gruñí—. ¿Has sabido algo de Nadia esta noche o de los otros?

—No.

—¿Esperas noticias?

Se encogió de hombros.

—Yo soy poco importante, me muevo poco y hago trabajos de poca monta. Pero cuentan conmigo. Tal vez se presenten aquí esta noche. ¿Qué piensa hacer, Cordes?

Me sentí inquieto, preocupado por la suerte que hubiese podido correr Donna Hull. Estaba claro: a él le habían descubierto también. Y no había necesidad ninguna de dejarle con vida.

—¿Qué piensa hacer? —insistió ella—. Puede ser peligroso para usted.

Fruncí el ceño.

—¿Te preocupa mi seguridad? —inquirí.

Apretó los labios. Era el único gesto que la había visto hacer en todo el rato.

—Responde, Michele.

—No sé ya si me importa algo —murmuró.

—No comprendo. Michele... Hemos hablado de todo menos de ti. Tu actitud es extraña. ¿Te das cuenta de que somos enemigos? ¿O quizá estás mintiendo?

—No he mentado.

—¿Entonces? Hablemos de ti.

Me miró fijamente. Dijo con voz extraña:

—Le han matado.

—¿A quién?

—A Jean.

Noté que se me agarrotaba el estómago. Recordé las lágrimas de Michele la noche anterior cuando me abrió la puerta y Jean estaba allí muerto; recordé su impasibilidad cuando yo la arrinconé en el recodo de la escalera; ni se movió.

—¿Le querías? —musité.

—¿Quererle? Más que eso —dijo—. Yo le adoraba.

—Pero... —yo estaba aturdido en aquellos momentos.

—Jean, aunque a usted le extrañe había llegado a ser todo para mí. Usted le conoció bien, ¿no?

—En efecto. Era un gran hombre... No me extraña, Michele. Sin embargo, cuando tú le conociste él era ya un inútil.

—¿Y qué? De vez en cuando demostraba quién era y cómo era.

—Michele... Creo entender que tu encuentro con Jean no fue casual —dije.

—No lo fue. Yo partí de Berlín con la consigna de anular a Jean Chaptale, de quien se temía siguiera en activo, ya que últimamente había habido mucho movimiento en París. Yo creí que la mejor

manera de anular a alguien es estando cerca de él. Y lo hice. Todo me salió bien hasta que... Cuando descubrí que me había enamorado de Jean todo cambió para mí. Absolutamente todo. Y más cuando me di cuenta de que él no actuaba y que había corrido un velo sobre sus antiguas actividades.

—¿Sabía algo Jean? —inquirí.

—No lo sé. Tal vez sí. Imagino que al principio sospecharía algo, y nuestra unión debía ser muy curiosa entre espionaje por mi parte y contraespionaje por la suya. Empero, nunca hablamos de esto. Nunca. Y cuando él se dio cuenta de que yo nunca le haría ningún daño se relajó. Yo hice lo propio. Envié algunos mensajes negativos y se me ordenó seguir aquí hasta nueva orden. Yo no sé qué hubiera hecho de llegar esa nueva orden.

Se hizo el silencio en el estudio.

Miré por el ventanal, vi las luces empañadas de París; se percibía, monótono, el rumor de la lluvia.

Imaginé la vida de Jean y Michele en aquel estudio. Allí no debieron sentirse nunca solos.

Y mirando a Michele me pareció ver a otra mujer. Indiscutiblemente si Jean llegó a sentir algo por ella era que Michele valía la pena.

—Michele...

Me miró con aquella agradable serenidad.

—¿No le importa lo que pueda ocurrir con Nadia y los otros?

—He estado pensando sobre eso y he llegado a una conclusión: no me importa. Yo... yo estoy muy sola ahora. Han matado a Jean, me han hundido a mí.

—Vamos a suponer que yo no hubiera intervenido y hubieses recibido orden de emprender otra misión —dije—. ¿Qué hubieras hecho?

Negó con la cabeza.

—No. Nada. No me siento con fuerzas para cambiar ahora de personalidad. Así quise a Jean y así me quiso él a mí, ¿comprende?

—Sí, claro —musité—. No siempre has sido así.

Sonrió débilmente.

—Alguna vez he sido hermosa —dijo.

—No podrías serlo en otro sitio.

—¿Dónde? —inquirió, mirándome fijamente.

—El mundo es grande, Michele.

—Ya... Pero está vacío.

—No tiene por qué durar siempre.

—No quiero engañarme a mí misma —respondió—. Yo sé que

no amaré a otro hombre como a Jean. Imposible. Me conozco bien. Bien... Estamos hablando como si usted no hubiese decidido qué hacer conmigo. Estoy en sus manos.

—Ni siquiera protestas; no intentas defenderte —gruñí.

—¿Para qué?

—¿Y qué opinas que puedo hacer contigo? —inquirí.

—Eso es cosa suya.

Era un problema, desde luego. Yo estaba convencido de que Michele me decía la verdad en todo ¿Qué podía hacer con ella? No iba a matarla fríamente, ¡qué barbaridad! ¿Y qué? ¿Iba a llevarla a Estados Unidos, al contraespionaje, para que la sonsacaran? ¿Y luego?

¿Delatarla al *Deuxième Bureau*?

No, no. No me parecía bien.

—Michele, escúchame —dije—. Voy a explicarte lo ocurrido esta tarde. Luego veremos.

Le expliqué lo de la llamada de «Donna Hull» y lo del micro. Luego, lo de las Tullerías y la jugada de Nadia. Ella escuchaba atentamente. Proseguí:

—Sospecho que el contenido del sobre entregado por Nadia es, naturalmente, falso. Tan falso como la historia que me ha endosado. Y estoy convencido de que lo que pretendía era alejarme de París con un informe falso y, de paso, facilitarle la entrada en Estados Unidos, con lo cual mi fracaso hubiera sido estrepitoso, ya que no solo no hubiese conseguido el legítimo informe, sino que hubiese entrado en mi país a una espía, a un agente enemigo importante, inteligente. Para ellos habrá sido muy fácil cambiar el contenido del sobre que me arrebataron, ¿te das cuenta? Lo tienen ellos y yo tengo algo sin valor. ¿Dónde puedo encontrarlos, Michele?

—Lo comprendo bien —dijo Michele—. Usted quiere recuperar el legítimo informe y... y ¿qué piensa hacer con Nadia?

Sonreí vagamente.

—No te preocupes. Eso es cosa mía. ¿Sabías tú el plan de Nadia para infiltrarse legalmente en Estados Unidos?

—Algo, sí. Cuando salió de aquí, después de haber matado a Jean, dijo que ella misma avisaría a Pável y a Basili para que viniera a retirar el cadáver. Dijo también que ella tenía algo que hacer con el tipo del F. B. I., que iba a probar lo estúpidos que son en estas cuestiones.

—Sí, muy estúpidos —gruñí—. ¿Dónde puedo encontrar a Voronine y a Gousarov?

En aquel instante sonó una llamada en la puerta.

Michele y yo nos miramos un instante. Ella sonrió desganadamente y dijo:

—¿Le sorprendería que fuesen ellos?

—¿Y a qué vienen aquí? A matarme a mí, no, ya que a Nadia le intereso vivo.

—Puede que vengan a matarme a mí. ¿Le dijo a Nadia que usted vendría aquí?

—Fui tan idiota que se lo dije. Claro que entonces no sabía que ella era Nadia ni sus planes estaban tan claros para mí. Pero, ¿por qué matarte a ti?

—Para que no hable contigo. Nadia sabe que yo quería a Jean.

—Ya... Nadia los habrá llamado por teléfono y...

Se repitió la llamada. Michele estaba tranquila, mirándose, esperando que yo decidiera algo.

Y lo decidí.

VIII

LE asombró una vez más el temperamento de Michele. Para mí solo puede tener serenidad una persona inteligente. Serenidad significa mirar las cosas de frente, calcularlas... y aguantarlas con gesto noble.

La vi caminar hacia la puerta, mientras yo me ocultaba en la cocina. No tuvo un solo gesto de vacilación, no titubeó una sola vez. Y no voy a decir que fuese por desprecio de su propia vida. Eso no existe; miente quien dice que no le importa su vida. Lo he visto yo con mis ojos.

Yo he estado en la guerra y sé de qué va el asunto. He visto a muchos valientes de retaguardia, he visto a muchos amargados y coincidían en lo de que la vida propia carece de valor. Teorías.

Teorías... claro está. Ustedes les hubiesen visto temblar luego en el frente.

Repito: he visto bastante en esta vida y si digo que Michele era asombrosa, la verdad es que Michele era asombrosa.

Abrió la puerta. Yo ya no veía nada porque estaba oculto en la cocina con la «Luger» en la mano. Pero sí oí:

—Hola, Michele.

—Pasad.

Oí los pasos de dos hombres que se encaminaban hacia el estudio. Los discretos de Michele les seguían.

—Bien... ¿Estás sola?

—Ya lo ves, Pável. ¿Ocurre algo?

—Calculábamos que iba a ocurrir.

—¿De qué se trata?

Tras una ligera pausa, otra voz que debía pertenecer a Basili Gousarov se oyó:

—Algo desagradable, Michele.

—Desagradable, ¿para quién?

—Bueno... para todos. ¿Comprendes?

—Ni palabra —decía sin alterarse Michele.

—Te lo explicaremos. En opinión de Nadia, ese hombre del F. B. I. quería sonsacarte; lo que es seguro es que se ha dirigido hacia aquí para tal fin. Y Nadia dice que tú puedes mostrarte débil. ¿Comprendes ahora?

—Sí. Si yo me hubiese mostrado débil debía morir.

—Ahí está lo desagradable. Ahí está precisamente. Y te aseguro que me alegro de que ese hombre, Cordes, no haya llegado aún. Las cosas pueden arreglarse satisfactoriamente para ti... y para nosotros. No queremos hacerte daño, Michele. Vámonos. Estarás con nosotros hasta que Nadia desaparezca de París para instalarse en Estados Unidos. Es necesario, Michele. Nadia será una tortura en el interior de Estados Unidos... para los americanos, naturalmente. Debemos ayudarla. Ella ha ganado la confianza de ese Cordes y no podemos permitir que tú lo estropees.

—¿Dé veras creéis que yo hubiese delatado a Nadia? —inquirió Michele.

—Ella dice que sí, que la odias por haber matado a Jean Chaptale. Y si ella dice que sí... Vístete de calle, Michele, y vámonos. No te compliques la vida. Hemos triunfado, ¿sabes? Tenemos el informe en nuestras manos y Nadia empezará a actuar en Estados Unidos. Hemos conseguido un objetivo triple: liquidar la red americana en París, apoderarnos del informe y afincar a Nadia en Estados Unidos. No lo estropees, Michele.

Hubo otra pausa. Imaginé a Michele pensando, tranquila, mientras aquellos dos hombres se inquietaban.

Me sorprendió y me produjo un cosquilleo en las venas la voz de Michele; no su voz, sino su respuesta:

—No pienso moverme de aquí, Basili.

—¿Por qué?

—Bien... Vosotros no estáis acostumbrados a que la gente tenga sentimientos. Yo quería a Jean Chaptale. Nadia, como mujer, me entenderá mucho mejor que vosotros.

—Querías a Jean Chaptale, ¿y qué? ¿Vas a morir por eso?

—Matadme.

—Nadie desprecia su vida, Michele.

Aquel tipo opinaba igual que yo. Michele respondió:

—No se trata de eso, Basili. No desprecio nada. Solamente que para salir de aquí saldré tan muerta como Jean. Es inútil que sigamos hablando... no comprendéis. Nadia, sí; ella entendería.

—No seas absurda, Michele. Nosotros no podemos permitirnos el lujo de tener sentimientos. Vámonos antes de que llegue el hombre del FBI. No podemos matarle, ¿comprendes? Y tampoco podemos permitir que tú le digas la verdad.

—No saldré de aquí viva, Basili.

Michele era valiente, desde luego. Pero supongo que, además, debía confiar en mí.

Y con razón, claro. Yo no iba a dejar que aquellos espías

carniceros la matasen. Es algo que va contra mí, contra todas mis normas, mis principios.

Yo nunca he hecho daño a ninguna mujer.

Agucé el oído.

—Michele... ¿vas a obligarnos a emplear la fuerza?

—Eso es cosa vuestra.

La recordé con sus greñas, con Su rostro pálido, con su olor a coñac, cuando Michele hubiese podido ser alguien en la vida. ¡Cochina profesión la nuestra!

—No nos obligues, Michele... Todo esto podría ahorrarse. No queremos hacerte daño.

—A veces, no se trata de lo que nosotros queramos —respondió ella.

—Cierto. Me alegro de que lo reconozcas.

Yo salté. ¡Qué diablos! Salté. No pude evitarlo. Ni quería evitarlo. Me precipité en el estudio, empuñando mi «Luger».

—¡Quietos! —mascullé, haciendo describir a mi automática un arco significativo.

En principio, me resultó indignante que Voronine y Gousarov no me prestaran atención alguna. Quedaron quietos, sí, pero ni me miraban. Ambos estaban mirando a Michele, como reprochándole su traición.

Pensé que, en efecto, me enfrentaba a gente inteligente, de saber hacer. Se tomaban las cosas con calma.

Pável Voronine era un tipo recio, de mediana edad. En sus facciones correctas se apreciaba decisión, entrega. Vestía de oscuro, discretamente. Basili Gousarov era más joven, y sus ojos brillaban. Imaginé que estaba buscando alguna salida para aquella situación, aunque no me hacía caso.

—Sé que Nadia Yokoiev ha cambiado la documentación original del sobre —dije—. ¿Dónde está?

No me contestaron. Me humilló bastante aquella mirada de indiferencia de ambos que resbaló sobre mí.

—¿A qué se refiere? —inquirió Gousarov.

—Es estúpido que intente ganar tiempo —respondí—. No va a ocurrir nada que yo no quiera que ocurra.

—Sí, es cierto —dijo, mirando hacia el cañón de mi pistola.

—No pienso matarles sin saber dónde está el informe —gruñí.

—¿Y cómo piensa averiguarlo? —inquirió Pável Voronine, el más viejo.

Eso me preguntaba yo. ¿Cómo iba a averiguarlo? Frente a aquellos dos tipos me sentía como contra una pared de cemento.

Estaba convencido de que sería inútil tratar de arrancarles una confesión por las buenas, y por las malas.

Al propio tiempo tuve la impresión de que allí me estaba jugando la vida. En mi opinión, se trataba de darse maña a la hora de apretar el gatillo.

—Díganme una cosa: ¿Qué ha ocurrido con el hombre que se hacía llamar Donna Hull? —inquirí.

Tardaron en responder. Fue Basili Gounarov quien dijo:

—No sabemos de qué nos está hablando.

Lo sabían muy bien, claro. Aquella respuesta fue para mí muy significativa. Tan significativa como si me hubieran dicho que le habían acuchillado el cuello y arrojado luego en cualquier revuelta del Sena. Y ellos sabían que yo pensaba así.

Pero, claro, me encanté pensando.

Por unos segundos yo había permanecido como ausente de allí, pensando en Donna Hull. Hice mal, naturalmente.

El primero que saltó sobre mí fue Basili, el más joven, más impetuoso. De un golpe desvió mi «Luger». A continuación me asestó un puñetazo en el cuello que me obligó a retroceder violentamente. No me dejó respirar. Basili me agarró el brazo derecho, lo retorció y me aplicó un golpecito maestro en el codo; al notar el calambre soltó un gruñido de dolor y me vi obligado a abrir los dedos.

Cuando la pistola chocó contra el suelo fue cuando la noción del peligro llegó con más intensidad a mi cerebro.

Esquivé un golpe y respondí con otro, duro, medido, en las costillas flotantes del individuo. Se irguió, con la boca muy abierta. Aproveché para hundirle el codo en el estómago. Luego, el mismo codo, cuando el tipo se inclinaba desesperado, le cerró la boca, enviándole a varias yardas de distancia.

El otro, Pável Coronine, me pareció más sereno y eficiente.

Allí estaba con un cuchillo. El caso era no hacer demasiado ruido.

No sé por qué imaginé el cuello de Donna Hull tronchado brutalmente por un tajo de aquel cuchillo. Y me estremecí. Pero yo estaba vivo aún.

Sudando, pero vivo. El tipo se iba acercando a mí; amagó un par de veces, mientras yo retrocedía, y cuando yo ya tenía la espalda pegada a la pared del estudio lanzó el primer tajo.

Meladeé bien, sin dificultades, y el cuchillo, ante mi asombro, se clavó en el tabique, lo cual puede dar una idea de la potencia del brazo de Pável Voronine.

Pero, pese a todo, me di cuenta de que aquella era mi mejor oportunidad. El tipo estaba tirando de la empuñadura.

No le dejé, naturalmente.

Lo que hice fue golpearle en un costado. Resopló y se inclinó sobre sí mismo, por lo cual tuve oportunidad de aplastarle la nariz con mi antebrazo; un golpe que me gusta. Produjo efecto y Coronine retrocedió un par de pasos.

Lo tomé aire y rodeé la empuñadura del cuchillo con mis dedos. Tiré con todas mis fuerzas y al mismo tiempo, sabiendo que el arma quedaría en mi mano, realicé otro movimiento.

Fue un movimiento de arriba abajo, en dirección al pecho de Voronine, que se me echaba encima.

Fue bien recibido.

Quedó ensartado en el cuchillo como una rata de esas que venden los chinos en Hong-Kong o en Shangai. Y oí perfectamente cómo el acero quebraba sus huesos, cómo la hoja penetraba en su cuerpo, rasgando, destrozando. Me horroriza el cuchillo, pero... El o yo.

Yo, está claro.

Solté el mango y el tipo se derrumbó lentamente, sin fuerzas para arrancarse del pecho aquel acero que le quemaba.

El otro tipo, Basili, pareció decidido a hacer ruido sin importarle las consecuencias.

Había empuñado su pistola y yo, de reojo, vi a Michele que hasta entonces había permanecido inmóvil, arrojarse sobre la mía, que estaba en el suelo.

La tomó.

—¡Quieta, Michele! —aullé desesperado.

No me hizo caso.

Y, claro está, para Basili la cosa estaba clara: Michele significaba en aquellos momentos mucho mayor peligro que yo, puesto que ella empuñaba un arma.

Y, de rodillas en el suelo, disparó contra Michele. El segundo plomo lo disparó ya incorporado. Todo fue muy rápido. Tuve tiempo de ver retroceder a Michele. Por su abierta bata se veía, a la altura del estómago, dos manchas rojas que se iban extendiendo.

Michele soltó la pistola, retrocedió unos pasos y chocó contra el cuadro que estaba pintando.

Todo se fue abajo y Michele quedó de cara al techo, con los ojos muy abiertos y con tal expresión de dolor en ellos que tuve la impresión de que el par de plomos los había recibido yo.

Fue entonces cuando reaccioné. Cuando Basili empezaba a

preocuparse de mí.

Pero yo ya estaba lanzado.

Estuve encima de él antes de que su índice presionara el gatillo; le atrapé el brazo, me volví de espaldas y le hice dar una vuelta por encima de mi hombro.

No me sorprendió en absoluto que el tipo cayese bien; es decir, de pie; quedó acuclillado un segundo. Luego saltó, pero yo ya le había agarrado otra vez el brazo. Y entre su impulso y mi presión, salió perdiendo el brazo de Basili; quedó desarticulado, al mismo tiempo que el ruso abría la boca para gritar.

No gritó. No.

Encajé en su abierta boca la puntera de mi zapato, ahogando el grito.

A continuación, sin dificultad alguna, me apoderaba de su pistola.

Cuando me di cuenta de que la mano izquierda de Basili se tensaba, dispuesto a cegarme con el doble golpe a los ojos, disparé. No solo por mí, sino también por Michele. Disparé sin miramientos, a matar. Después de todo, yo soy humano. Y soy capaz de odiar y de sentir ira, y cualquier cosa. Disparé porque deseaba matarle.

Sonó la detonación. Luego vi el rostro de Basili convertido en una irreconocible máscara roja.

Cayó de costado, muerto.

Le miré unos instantes. Yo jadeaba. Empiezo a creer que no estoy para estos trotes. Cuarenta y un años pesan lo suyo. Además, me sentía deprimido en aquellos momentos. Retrasé unos segundos lo de mirar hacia Michele.

Y mis ojos tropezaron con sus pupilas veladas por el dolor; empero, su rostro estaba sereno.

Me acerqué a ella y la arrastré de modo que su espalda quedara apoyada en la pared. Luego, busqué un vaso y escancié en él una buena dosis de coñac. A mi entender, era lo único que yo podía hacer por Michele.

—Bebe. Te sentará bien —murmuré.

Solo se humedeció los labios.

—Deja que te vea las heridas.

Sus ropas interiores estaban ya empapadas de sangre. Y vi los dos orificios a la altura del estómago. Mortales. Supe que en pocos momentos sobrevendría la fatal hemorragia.

—Lo siento de veras, Michele —dije, estúpidamente—. Me hubiese gustado que las cosas ocurrieran de otra manera.

—No se preocupe —musitó, con un hilo de voz. Así está bien...

Muy bien.

—No digas tonterías. A nadie le gusta morir.

—Yo estaba muerta ya.

No sé si hablaba en serio, diablos. Dicen que los moribundos no mienten; que nadie es tan sincero como un moribundo. Si la teoría se confirmaba, debo reconocer que Michele era la excepción; esa excepción que confirma toda regla.

Vi que empezaba a llorar, lo cual me desconcertó. Me armé un lío con sus lágrimas; las achaqué a varias cosas, hasta que por fin di con la solución: lloraba de alegría. Tal vez pensaba que iba a reunirse con Jean Chaptale.

—Cordes... no se preocupe por mí. Déjeme sola. No deje escapar a Nadia.

—No te preocupes por eso —gruñí—. Está segura.

Su respiración era ya muy débil y por las comisuras de los labios resbalaban ya sendos hilillos de sangre. Calculé que solo tardaría un par de minutos en morir. Y por dos minutos no iba a dejarla sola. Yo sé lo terrible que es la soledad y supongo que no debe existir nada más duro para un moribundo.

Morir solo...

El pensamiento me causó escalofríos.

Morir en cualquier rincón, con dos balas en el estómago o con un cuchillo en la espalda. Quizá algún día me ocurriera a mí. No hay que desdeñar la posibilidad.

Vi que la mano de Michele buscaba la mía. Le estreché los fríos dedos mirándola a los ojos. Ella trató de esbozar una sonrisa de agradecimiento.

Y murió.

Una débil bocanada de sangre y su cabeza se torció hacia la izquierda.

—Buen viaje, Michele —murmuré—. Y feliz encuentro con él.

Muy bien. Ya estaba muerta.

Ya podía ir a lo mío. Es casi inhumano esperar que alguien se muera para poder dedicarse a otra cosa que no sea acompañarle hasta el último momento. Pero cuando las cosas se presentan así, hay que aceptarlas.

Me incorporé y di unos pasos en dirección a los cadáveres de los dos agentes rusos. Evité mirar el rostro de Basili, que estaba horriblemente desfigurado a causa de la bala que le había entrado por debajo del pómulos derecho.

Me dirigí primero hacia Pável Voronine. Lo mío era registrar concienzudamente aquellos cadáveres, en busca del sobre legítimo,

o al menos en busca del contenido legítimo del sobre. De no hallarlo, las cosas podrían complicarse.

IX

No tuve que esforzarme demasiado. Bendije mi buena suerte cuando en el bolsillo interior de la chaqueta de Voronine noté crujido de papeles.

Metí la mano y extraje los documentos; una simple mirada me bastó para comprobar que no me había equivocado.

Miré la fotografía. Había allí vanos tipos, todos casi viejos, con aspecto de intelectuales. Leí la anotación en ruso hecha al pie, donde decía que se trataba de una reunión de científicos. Había otras personalidades, entre ellas Krutchev.

Muy bien. Yo no conocía a nadie.

En cuanto a los papeles, se decía que era una copia del presupuesto de un plan quinquenal para estudios y desarrollo de los conocimientos nucleares. Los datos podían ser valiosos, porque se especificaban cantidades y empleos de las mismas. Además, constaba el lugar en que sería instalado el laboratorio.

Todo muy bien. Interesante, sí, pero...

Miré con pena al cadáver de Michele. ¡Qué diablos...! ¿Por qué habían muerto ella, y Jean, y Perronet... y los demás?

Me noté cansado pensando en que no todo había terminado aún. Quedaba Nadia Yokoiev.

Lo que hice después de guardar aquellos documentos fue desposeer de sus documentaciones al fin, a los rusos. Cuando la policía descubriera los cadáveres iba a tardar bastante en saber lo ocurrido allí, si llegaban a averiguarlo algún día.

Poco después abandonaba el estudio, después de apagar las luces.

Y ya en la calle respiré hondo el aire húmedo y frío. Había cesado la lluvia y pensé que me sentaría bien caminar un rato.

Y eché a andar pensando en Nadia. Debía preocuparme de algunos detalles para que mi jugada resultara perfecta.

* * *

Penetré en el vestíbulo del hotel, silencioso, casi solitario. Saqué del bolsillo un billete de diez francos y me acerqué a recepción, ensayando una sonrisa. Había que hacer las cosas bien.

El tipo del mostrador se tomaba muy en serio eso de la seriedad

profesional. Muy correcto me preguntó:

—¿Desea algo, señor?

—Sí —le enseñé las puntas del billete—. Cuestión de... Bueno, usted conoce a la señorita Marie Vignet, ¿no?

—La recuerdo, sí.

—¿Y qué le parece?

—¿A qué se refiere, señor?

Le guiñé un ojo y dije:

—Estoy enamorado de ella, pero me temo... Usted ya puede imaginar lo que temo, ¿eh? ¿Sabe si ha salido del hotel?

El tipo miró el billete, luego a mí y se encogió de hombros. Cosa inocente. Yo para el tipo era uno de esos enamorados maduros que se ponen pesados. Dijo:

—No ha salido, señor.

Deslicé los diez francos hacia su mano. Inquirí:

—¿Puede señalarme la centralita telefónica?

Me señaló una puerta situada al fondo del vestíbulo.

—¿Ha cambiado algún turno desde las ocho de la noche? —pregunté.

—No, señor.

Muy bien. En tal caso, la telefonista era la misma que estaba de servicio cuando salí del hotel. Y las telefonistas de hotel... Ya se sabe. ¿Para qué reprocharlas nada? Las chicas se distraen escuchando lo que no les importa. Claro está, prefieren morir antes que reconocerlo. Por lo menos, algunas.

Me encaminé hacia la centralita. Llamé a la puerta con los nudillos y abrí sin esperar respuesta.

Me encontré en un cuartito reducido, con buen clima, donde una mujer manejaba las clavijas. Ella me miró sorprendida. Era joven, unos veintiocho años, y me dio la impresión de que la vida no le daba todo cuanto ella pedía. Una insatisfecha. Y era bonita; de esas que pueden exigir de la vida, pero no tienen suerte.

—No se puede entrar aquí —dijo.

Yo sonreí.

—Yo sí puedo —dije agitando la mano derecha.

Los diez francos pasaron inmediatamente al escote de la telefonista.

—¿Hay que gastar una broma a alguien? —inquirió.

—Exacto. Una gran broma.

—¿Qué debo hacer?

—Explicarme un cuento.

Frunció el ceño.

—Oiga...

—No se altere —dije—. Primero, óigame. Luego responda. Quiero saber si la señorita Vignet ha llamado por teléfono a partir de las ocho de la noche.

Enrojeció. Me devolvía los diez francos, pero yo le cerré los dedos con el billete dentro.

—No se preocupe —dije—, seré discreto.

—Se ha equivocado —dijo fríamente—. Salga de aquí.

Había erguido el busto y sus ojos oscuros chispeaban. Yo no quería perder más tiempo. La atrapé de una muñeca y la miré con fijeza a los ojos.

—Usted y yo sabemos que Marie Vignet ha llamado por teléfono, y usted ha estado oyendo la conversación. Diez francos más y una cena mañana por la noche en donde prefiera. Luego, lo demás. Soy agradecido, muñeca.

Creo que debió gustarle mi manera de tratar a las mujeres. Empezó a sonreír. La solté y dijo:

—¡Usted es un embustero!

Alcé las cejas.

—¡Hombre...!

—Y un farsante; un granuja. Pero... acepto.

—Bien... —gruñí desconcertado—. ¿Quiere explicarme...?

—¿Por qué es un embustero, un farsante, un granuja? Muy sencillo. Veremos si es capaz de cumplir su promesa respecto a la cena ya... a lo demás. Con permiso de la señorita Vignet, ¿no? Ella ha hecho una llamada, es cierto, pero no desde su habitación, sino desde la de un tal mister Cordes. ¿Le conoce?

—¡Oh...! Marie es solo una amiga —gruñí—. Por cierto: temo que nuestra amistad no dure mucho. Es un poco alocada y me está perjudicando en los negocios... Anímate, muñeca. ¿Qué oíste?

La telefonista vaciló aún.

Yo sonreía. Le di los otros diez francos prometidos.

—Está bien —murmuró—. Habló con un hombre.

—¿Qué dijo?

—Ella dijo que era imprescindible que corriera a casa de una tal prima Michele, que habían surgido complicaciones en el estado de esta y que había que hacer algo. Dijo también que el doctor amigo de Donna Hull iba también para allí. Y que Michele podía ponerse nerviosa, que la calmara como fuese.

Sonreía torcidamente.

—Está bien. ¿Cuál fue la despedida? —inquirí.

—La... la señorita Vignet dijo que ella estaba dispuesta para el

viaje; que no volverían a verse, a menos que ocurriera algo imprevisto con prima Michele, y...

—Es suficiente —atajé.

Ya lo sabía todo. Nadia no se preocuparía más del asunto. No sospecharía que Pável, Basili y Michele estaban muertos en el estudio. Y yo tampoco iba a decirle la verdad, claro.

—Te has portado bien, muñeca —le dije a la telefonista, y caminé hacia la salida de la centralita.

—Eh, espera... Ni siquiera me has preguntado cómo me llamo... ¡Farsante!

Yo ya había salido y cerrado la puerta.

Dos minutos más tarde abría la puerta de mi habitación.

Se me echó encima, como el perro que está solo en la casa, en paciente espera de que llegue su amo. Me besó frenéticamente, y yo, muy tranquilo, correspondía. Luego, cuando se cansó de besarme, se apretó contra mí.

—Quenton, cariño... —musitó—. No estaba segura de volver a verte. ¿Qué ocurrió?

—Nada —respondí.

—¿Cómo?

—Eso; nada. Absolutamente nada —respondí.

Me miraba fijamente y advertí un levísimo destello de desconfianza en sus negrísimas pupilas.

—¿Y esa mujer? —inquirió refiriéndose a Michele.

Hice un gesto ambiguo.

—Ha volado. Se largó —gruñí.

Se echó a reír nerviosamente. Luego dijo:

—¿Sabes una cosa, querido? Me alegro. Me alegro mucho de que no la hayas encontrado. Hubiera podido ocurrirte algo. Ya tienes lo que te interesa, ¿no? ¿Para qué seguir arriesgándote?

—Sí... Eso digo yo —suspiré.

—Estás cansado, cariño.

—Sí...

Me ayudó a despojarme del abrigo. Luego reanudó los besos. ¡Diablos! De no saber lo que sabía, hubiera jurado que aquella mujer estaba loca por mí.

—Quenton, ¿qué hacemos ahora? —inquirió.

—Pedir la cuenta y largarnos de aquí. Michele no estaba sola, ¿sabes? Claro que lo sabes. Tú fuiste quien primero me habló de Pável Voronine, Basili Gousarov y la tal Nadia, que se ha esfumado, en el supuesto de que no sea la propia Michele. Pues eso: pueden dar con nosotros y no me gustaría, es fácil de comprender.

—Claro, querido.

—¿Ya no tienes miedo?

Me pasó los brazos por el cuello y se pegó a mí.

—Ahora soy feliz —murmuro.

Y el caso es que lo parecía. Realmente, debía ser así, puesto que Nadia creía haber triunfado. Yo había sido el cebo, el estúpido hombre del F. B. I. Lo que son las cosas...

—No perdamos tiempo —dije—. Nos cambiaremos de hotel esta misma noche. Supongo que no te importa.

—Claro que no, querido.

Luego, tranquilamente, ella misma se preocupó de dejar lista mi maleta. Bajamos luego a su habitación e hizo lo propio con la suya. Se cambió de ropa, se duchó y demás como si delante de ella no hubiese nadie.

Y sonreía feliz.

Yo fumaba, mordiéndome mentalmente los puños, de rabia. ¡Maldita sea! Nadia era mi tipo, ya lo dije. Me gustan las morenas con el cabello largo, suelto y brillante y con los ojos grandes, y con... y con... Como Nadia Yokoiev.

—Lista —dijo.

—Pues vamos.

Me besó otra vez.

Diez minutos más tarde, después de abandonar las respectivas cuentas ante la mirada discreta del recepcionista, salimos a la calle. Hacía frío y se apretó contra mí.

Poco después, nos metimos en un taxi, que nos llevó a un hotel tan discreto como el que acabábamos de dejar y que yo conocía de otras incursiones por París. Nadia se empeñó en que muy bien podíamos ocupar la misma habitación.

X

SONREÍA al ver que Nadia, muy nerviosa, trataba de localizarme por encima de las cabezas de la gente que se apresuraba en Orly, en dirección a las distintas pistas de despegue.

El nerviosismo de Nadia estaba justificado, puesto que ya estaban anunciando nuestro vuelo hacia Nueva York por los altavoces.

Yo había puesto un cable a la Delegación del F. B. I. en Nueva York; un cable corto, discreto: «Llego con pariente hoy La Guardia. Vuelo 679, Espero recepción. Inspector Cordes».

—¡Quenton!

Pareció muy aliviada al verme.

Nos apresuramos a tomar el avión y despegamos cinco minutos más tarde.

Eché un vistazo por la ventanilla y me despedí mentalmente de París. En realidad haciendo recuento, todo había sido ingrato en aquella visita. Desde mi desagradable sorpresa de ver a Jean en aquel estado, hasta el último momento, cuando el avión aterrizara en La Guardia.

Sorprendí a Nadia mordién dose el labio inferior. Al ver que la miraba, sonrió.

—¿Preocupada? —inquirí.

—No... No es eso. Un poco de nostalgia.

—Comprendo.

—¡He vivido en París veintiocho años! —dijo—. Claro que no he llegado a ver lo bueno, pero...

Aún me estoy preguntando por qué tenía miramientos con aquella serpiente. ¿Habría dicho alguna verdad en su vida? Ha sido la embustera más perfecta que he conocido, lo cual, en su profesión, era un mérito.

El avión se remontó durante unos minutos y luego tomó la horizontal. Un día de escasa niebla, y volábamos por encima de unas nubes. Podía verse el espacio infinito, claro. Sentí deseos de cerrar los ojos. Antes de hacerlo miré a Nadia y dije:

—Trata de descansar. El viaje es largo.

Sonrió, asintió con la cabeza, y cerró los ojos apoyando la cabeza en el respaldo del asiento. Estaba preciosa. Lástima.

Se retorció las manos; estaba muy nerviosa. O lo aparentaba. Yo

me limitaba a sonreír tranquilo.

—Estoy emocionada, Quenton —dijo—. ¿Es cierto cuanto dicen de Estados Unidos?

—¿Qué es lo que dicen?

—Bien...

—No te esfuerces —atajé—. Estados Unidos es un país libre, poderoso, donde la gente vive la vida; la mayoría, al menos. No pienses mucho en eso, ya que podrías llevarte una decepción. Suele ocurrir, ¿sabes? Se fantasea sobre una cosa y luego la realidad decepciona.

—No creo —dijo—. Además...

Se interrumpió. Me miró fijamente, con una extraña ansiedad en sus pupilas.

—Quenton... Yo... Yo quisiera saber si voy a estar sola en Estados Unidos.

—¿Sola?

—Me refiero a ti concretamente.

Me dieron ganas de atizarle una bofetada. ¡Qué cínica!

—No hablemos ahora de nosotros —gruñí.

No quería ser cruel con ella hasta tal extremo. Ella era mucho peor que yo, pues le importaba muy poco lo que yo pudiera sentir. Iba a lo suyo. No hay peor animal que una mujer sin sentimientos. Es una fiera dañina, todo colmillos y garras. Aun así, yo no quise hacerla demasiado daño.

¿Para qué? Su sorpresa sería brutal... pero merecida.

Me miró con expresión de dolorosa sorpresa y musitó:

—¿Por qué no hablar de nosotros, Quenton?

—Te lo explicaré fácilmente. Yo mañana puedo estar en Viena, y pasado mañana en Praga. ¿Entiendes? Es mi profesión. Una vez te acostumbras a vivir en paz encontrarás que lo mío es molesto, demasiado duro.

Asintió con la cabeza.

—Ya. Pero... ¿volveremos a vernos?

—Eso es más que probable.

—Quenton... Yo te haría feliz.

Me molestaba que siguiera adelante con aquel juego. Y yo estaba deseando que terminara todo de una maldita vez.

—Es posible —respondí—. Estamos llegando.

Con aquello la obligué a callar. Afortunadamente, era cierto que estábamos llegando a La Guardia. Por el micrófono nos dieron las instrucciones de rigor y el aparato, roncando estruendosamente, empezó a perder altura.

Luego, los baquetazos de costumbre y, por fin, tierra firme.

Fuimos de los últimos en descender por las escalerillas. Cerca del aparato había mucha gente; lo que ocurre a la llegada de un avión: parientes, amigos, periodistas, por si llegaba alguna personalidad.

Nadia y yo aguardamos unos minutos, hasta que se fueron disgregando los grupos de gente. Luego, casi solos en aquella pista, tres hombres se acercaban hacia nosotros. Les conocía. Y ellos me conocían a mí. El inspector Donovan y los agentes especiales Nolan y Palmer.

Observé la tensión de Nadia. Tenía que haberse dado cuenta de que algo ocurría; me miró con cierto asombro.

Yo dije:

—Adelante, Nadia Yokoiev.

Palideció horriblemente, y creo que yo también estaba pálido en aquellos momentos. Ella estaba petrificada; parecía incapaz de reaccionar.

Donovan y los dos agentes llegaron junto a nosotros.

—¿Ella? —inquirió Donovan.

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Vámonos —dijo Donovan—. Nolan, hazte cargo del equipaje de la señorita... —me miró.

—Nadia Yokoiev —dije cansadamente.

Ella no ofreció resistencia alguna. Se limitaba a mirarme; me escrutaba, como si no diera crédito a sus ojos.

—¿Lo sabías? musitó por fin.

—Ya lo ves —dije.

—Bien... ¿Desde cuándo?

—Desde anoche.

Parpadeó, asombrada.

—¿Y has estado haciendo todo este juego...?

—El juego ha sido mutuo, Nadia —dije—. Tú tampoco jugabas limpio. Querías entrar en Estados Unidos. Muy bien...

—Sí... Muy bien. No tengo derecho a quejarme, claro.

—Creo que no —dije.

Se echó a reír nerviosamente.

—Creí que te había engañado, Quenton. Me hice esa ilusión. He de reconocer que eres inteligente. La derrota no es tan dura cuando el enemigo es superior.

—También he tenido suerte —murmuré—. No todo se logra con inteligencia.

—Eso es cierto. ¿Cómo lo averiguaste?

—Michele.

—Ya... Debí suponer que mentías. De todos modos tu triunfo no ha sido completo, Quenton. Tú no sabes que matamos a «Donna Hull» y que...

—No te esfuerces, Nadia. Lo sé todo.

Apretó los labios.

—Ahora estás mintiendo —dijo.

Sonreí; meneé la cabeza.

—No. No miento —dije.

Le mostré los legítimos documentos, así como las falsas documentaciones de Gousarov y Voronine. Naturalmente, los reconoció de una simple ojeada.

Y, en aquellos momentos, se hundió. Parecía más vieja; se notaban arrugas en torno a sus ojos que miraban al suelo.

—Ha sido una derrota completa —murmuró—. Te felicito, Quenton. ¿Qué vais a hacer conmigo?

—De momento irás a la Delegación del F. B. I. el Nueva York. Puedes suponer que serás interrogada y vete haciendo a la idea de que has terminado como espía, Nadia. Esto es tanto como decir que estás acabada; espía conocido, espía acabado.

—Pero... ¿por qué lo has hecho así, Quenton? —inquirió.

—No podía matarte fríamente, ¿comprendes? —respondí—. Tampoco podía dejarte en París. Por tanto, se me ocurrió que lo mejor para mí y para ti también era seguirte el juego.

—Hubiese preferido que me mataras.

—¡No es cuestión de preferencias! Yo no hubiese podido disparar contra ti a sangre fría. ¿No eres capaz de comprenderlo? Quizá no. Tú disparaste contra la nuca de Perronet y contra la nuca de Jean Chaptale... No debiste vengarte tan estúpidamente, Nadia.

Los dos hombres del F. B. I. miraban con sorpresa a Nadia. ¡Diablos! Y era guapa... Así que se dedicaba a desnucar a tipos a balazos... Comprendí su sorpresa.

Donovan me dijo:

—Buen trabajo, Quenton.

Le miré a él. Luego a Nadia.

La mujer también me miraba. No sé... Había algo en el fondo de sus pupilas; algo que me inquietaba. Procuré no pensar más en todo aquello y contesté:

—Y desagradable, Donovan.

Tras un corto silencio, Donovan dijo:

—Está bien. Vamos ya.

Los tres hombres del F. B. I. echaron a andar. Yo me entretuve

unos instantes guardando los documentos en el bolsillo. Luego tomé mi maleta y quedé mirando a Nadia. Caminaba lentamente, entre los hombres del F. B. I. Iba erguida, con el abrigo abierto, como si no le importara el frío. Me dio lástima en aquellos momentos.

Yo pensé que ella había querido utilizarme como cebo. Pero más que cebo había resultado un peligroso cebo. Ella había jugado alrededor del cebo y...

Eché a andar.

Pese a mi triunfo, no me sentía demasiado satisfecho. Y no solo por Nadia. Recordaba también a Jean, a Michele... A todos.

Pero recordé también la estatua de la Libertad y me dije que dicha estatua debe permanecer en la bahía de Nueva York por los siglos de los siglos. Para eso luchaba yo y muchos como yo.

Nos metimos en el bullicio del recinto del aeropuerto. Todo eran murmullos, luces, avisos por los altavoces, ruido de motores, estrépito.

Por fin llegué junto al coche oficial. Me estaban esperando para arrancar.

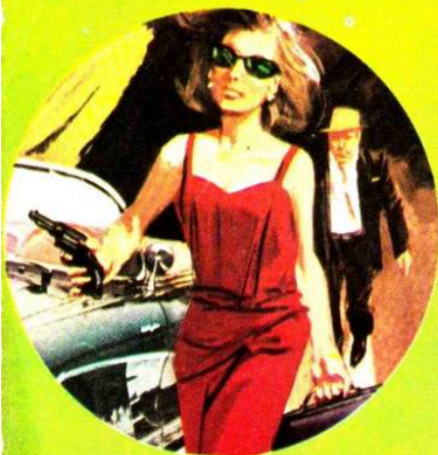
Nadia me miró en silencio.

¿Qué otra cosa podía hacer? Su merodeo en torno al cebo, que había resultado ser yo, había sido silencioso; por tanto, había que aceptar la derrota en silencio.

Me metí en el coche y arrancamos.

Una misión más; más muertos; otro triunfo. ¿Por qué diablos no se puede vivir en paz?

FIN



Concesionarios exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S. W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145-USA



**AGENTE
FEDERAL**

FBI



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

10
Ptas.